

[CONTRA JUAN DE JERUSALÉN.(C)]

EN EL SIGUIENTE LIBRO CONTRA JUAN DE JERUSALÉN. ADVERTENCIA.

1. Juan de Jerusalén, quien antes de alcanzar el episcopado había sido monje y se había adherido a los arrianos y macedonianos, después de ser elevado a la dignidad pontificia, prestó oído a los origenistas, que eran numerosos en esa provincia. Esto fue motivo de gran pesar para todos los buenos, y en especial para San Epifanio, quien lo visitó en Jerusalén y, en persona, lo exhortó a que se apartara del error. Sin embargo, Juan se enfureció tanto que no dudó en acusar públicamente al propio Epifanio de la herejía de los antropomorfitas. Además, siendo un hombre ávido de disputas, buscando motivos de venganza, se quejó de haber sido agraviado por Epifanio, porque este había ordenado como presbítero a Pauliniano, hermano de San Jerónimo, quien residía en un monasterio de Palestina, sin la autorización del obispo de Salamina. Aunque Epifanio se excusó adecuadamente, argumentando que no lo había hecho en la parroquia sujeta a Juan y que la única causa de disensión era la fe recta violada por los dogmas origenistas, Juan pretextaba que esta única ordenación era la causa de su ira. Por esta razón, también tuvo envidia a Jerónimo, hermano del mismo Pauliniano, pero mucho más por la causa del origenismo. Pues el Santo Doctor, al estar del lado de Epifanio, no solo sabía que la ordenación de su hermano se había hecho sin perjuicio de otro, sino que también se había realizado según la costumbre recibida entre los obispos de Chipre, y además combatía con palabras y escritos los errores de Orígenes, lo que provocó tanto la ira de Juan que fue expulsado de la comunión de la Iglesia, aunque continuó comunicándose con toda la Iglesia de Jerusalén.

2. Archelao, el conde, se esforzó desde el principio por apaciguar estos grandes disturbios de ánimo, y habiendo acordado un lugar para establecer la paz, ya que la sospecha de fe violada había engendrado discordias, buscó que se alcanzara la concordia a partir de la profesión de fe de cada uno. Sin embargo, Juan, invitado una y otra vez por Archelao a negociar, presentando excusas leves, no obedeció. Pero, como es de creer, envió cartas a Teófilo de Alejandría, en las que lo informó de la creciente discordia, tal vez incluso para reprender a sus adversarios. Teófilo escribió amablemente a Jerónimo, como debía, le informó de lo que había recibido de Juan y lo invitó a la paz. Nuestro autor responde a esto con la carta 132 en nuestra revisión, en la que, profesando buscar la paz, refuta las acusaciones una por una y atribuye las causas de las contiendas y la fe violada a Juan. Luego, queriendo socorrer a la Iglesia cada vez más afligida, Teófilo envía a Isidoro, un presbítero famoso por su piedad y otras virtudes, pero que había sido corrompido por la mancha origenista, como legado a Jerusalén con cartas en las que intenta apaciguar los ánimos discordantes. Sin embargo, este mal mediador de la paz, al llegar a Jerusalén, renunció a su legación, pero se negó a entregar las cartas a Jerónimo, a quien, al preguntarle: "Si eres legado, entrega las cartas de la legación; si no tienes cartas, ¿cómo probarás que eres legado?", respondió que tenía las cartas, pero que Juan le había pedido que no las entregara. Por lo tanto, prefirió irse sin cumplir su misión antes que levantar sospechas de favoritismo hacia los origenistas. Sin embargo, aconsejó a Juan que escribiera una Apología a Teófilo en defensa de su causa, y se ofreció a ayudar en su redacción, siendo, como dice Jerónimo, tanto el dictador como el portador de las cartas. Así, Juan, desdeñando responder a la carta de Epifanio, envió su Apología por todas partes, pero principalmente a Occidente, para ganarse el favor de los sacerdotes romanos. De hecho, Pammachius escribe a Jerónimo que muchos estaban divididos en sus opiniones, algunos defendiendo la causa del obispo de Salamina, otros la del obispo de Jerusalén. Movido por esto, Pammachius pide al Santo Doctor que explique la situación. Ahora bien, en este libro, Jerónimo accede a su petición y muestra que la causa de

la disensión no es la ordenación del hermano Pauliniano, sino los errores origenistas atribuidos a Juan, de modo que, además de que Pauliniano fue ordenado en el territorio de Eleuterópolis, no en el de Aelia, incluso antes de su consagración, ya había habido una disputa entre Juan y Epifanio por la causa de Orígenes. Jerónimo reduce el origenismo a ocho puntos, de los cuales Juan en su Apología solo purgó tres: 1) que ni el Hijo puede ver al Padre, ni el Espíritu al Hijo; 2) que las almas, por sus pecados, cayeron del cielo al cuerpo como en una prisión; 3) que el diablo se arrepentirá, se convertirá y reinará con los santos; 4) que Adán y Eva carecían de cuerpo antes de pecar, y que los cuerpos son indicados por las túnicas de piel después del pecado; 5) que la carne no resucitará, y que careceremos de sexo en la resurrección; 6) que el paraíso terrenal debe entenderse alegóricamente; 7) que las aguas que se dicen estar sobre los cielos en la Escritura son ángeles, y las que están debajo de los cielos son demonios; 8) que el hombre perdió la imagen de Dios por el pecado. Así, Jerónimo vuelve a acusar a Juan de estos errores y critica las artimañas de su Apología, dirigiéndose continuamente al obispo de Jerusalén.

3. Hay quienes creen que este libro no fue terminado por el autor, y piensan que esto se debe a que, en el mismo tiempo en que se escribía, se alcanzó finalmente la paz gracias al esfuerzo de Teófilo. Sin embargo, no es improbable pensar que, por la injuria del tiempo, se haya perdido la última parte, que sería muy pequeña. Sea como fuere, ciertamente esta obra pasó desapercibida para Rufino, quien no habría dejado de atacarla en sus libros de Invectivas. Los eruditos discrepan notablemente en asignar una fecha a esta obra: algunos la sitúan tan temprano como el año 393, otros tan tarde como el 406, y otros en años intermedios según su preferencia. Nosotros nos inclinamos a situarla en el año 399 o 400, basándonos en dos argumentos que ya hemos propuesto en las notas cronológicas de las Epístolas. El primero es que Jerónimo afirma haber compuesto sus Comentarios sobre el Eclesiastés y la explicación de la Epístola a los Efesios casi diez años antes; y él mismo testifica que los Comentarios fueron elaborados alrededor del año 390, como indica en la Prefación de los mismos a Paula y Eustoquio, donde claramente señala que los emprendió casi cinco años después de haber salido de Roma. Si a estos casi diez años se añaden, se obtiene el año 399 o 400. El segundo argumento se extrae del final de la obra, donde dice que hace trece años abandonó la célebre ciudad de Antioquía para llorar los pecados de su juventud en los campos y la soledad, atrayendo la misericordia de Cristo sobre sí. En efecto, estos trece años solo pueden contarse desde el año 386, ya que se sabe que permaneció en Roma hasta agosto de 385; y después de navegar hacia Oriente y recorrer otras regiones, finalmente se estableció en Antioquía, ciudad que indica haber dejado porque, aunque podía desempeñar espléndidamente el oficio sacerdotal en su Iglesia, prefirió los campos y la soledad para borrar los pecados de su juventud con penitencia. Por lo tanto, sumando trece años a 386, se llega a 399 o principios de 400, año al que preferimos asignar este libro, antes de que Isidoro, presbítero de Alejandría, fuera condenado por el sínodo de ese año y lugar por Teófilo.

SAN EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO, CONTRA JUAN DE JERUSALÉN, A PAMMACHIO, LIBRO UNO.

407 1. Es peligroso juzgar el ánimo ajeno.---Si, según el apóstol Pablo, no podemos orar como sentimos (Rom. VIII, 26), y el discurso no expresa el pensamiento de nuestra propia mente, ¿cuánto más peligroso es juzgar el ánimo ajeno e investigar y exponer la razón de cada dicho y palabra? La naturaleza humana es propensa a la clemencia, y cada uno se compadece de sí mismo en el pecado ajeno. Si, por tanto, reprendes a alguien en su discurso, lo llamará simplicidad; si acusas de astucia, confesará ignorancia para evitar la sospecha de malicia. Y así sucederá que tú, que acusas, serás considerado calumniador, y él, que es reprendido, no será juzgado hereje, sino rústico. Sabes, Pammachio [Al. Pammachium], sabes

que no me he embarcado en esta obra por enemistades ni por deseo de gloria, sino provocado por tus cartas y por el ardor de la fe; y deseo, si fuera posible, que todos piensen lo mismo, y que no pueda ser acusado de impaciencia y temeridad si hablo después de tres años. Finalmente, a menos que dijeras que la Apología, sobre la cual ahora he decidido escribir, ha perturbado a muchos y que la opinión fluctúa en ambas direcciones, había decidido permanecer en el silencio comenzado.

2. Novato y Montano. Quien cree puramente, debe hablar puramente. Nadie debe ser paciente en la sospecha de herejía.---Que se aleje, pues, Novato, que no extiende la mano a los errantes, y Montano, con sus mujeres insanas, sea derribado, precipitando a los caídos en el abismo para que no se levanten. Todos pecamos diariamente y en algo caemos. Por tanto, quienes somos clementes con nosotros mismos, no mantenemos rigor contra los demás; más bien oramos, pedimos, suplicamos que o bien confiese simplemente lo nuestro, o defienda abiertamente lo ajeno. No quiero ambigüedades en las palabras; no quiero que se me diga algo que pueda entenderse de otra manera. Contemplemos la gloria del Señor con el rostro descubierto (II Cor. III, 18). En otro tiempo, el pueblo israelita cojeaba en ambos pies. Pero Elías, que se interpreta como "fuerte del Señor", dijo: "¿Hasta cuándo claudicaréis en ambos pies? Si el Señor es Dios, seguidlo; pero si Baal, seguidlo" (III Reg. XVIII, 21). Y el mismo Señor sobre los judíos: "Los hijos extraños me mintieron; los hijos extraños envejecieron y claudicaron de sus caminos" (Sal. XVII, 46). Ciertamente, si no hay sospecha de herejía (como deseo y creo), ¿por qué no expresa con sus palabras su propio pensamiento? Lo que él llama simplicidad, yo interpreto como malicia. Quiere persuadirme de que cree puramente; por tanto, que hable puramente. Y si solo una palabra o un sentido fuera ambiguo, si dos, si tres, concedería perdón a la ignorancia; y no juzgaría lo que es oscuro o dudoso por lo que es cierto y claro. Pero ahora, ¿qué simplicidad es esta, como si caminara sobre huevos y espinas, avanzando con paso vacilante entre las prestidigitaciones teatrales? En todas partes dudoso, en todas partes sospechoso. Podrías pensar que no está escribiendo una exposición de fe, sino una controversia figurada. Lo que ahora busca, lo aprendimos hace tiempo en las escuelas. Nuestra armadura lucha contra nosotros. Incluso si cree bien, y habla con circunspección y temor, la excesiva diligencia me hace sospechar. Quien camina con simplicidad, camina con confianza (Prov. X, 9). Es tonto soportar la infamia en vano. Se le imputa un crimen del que no tiene conciencia. Por tanto, el crimen que depende totalmente de la palabra, que lo niegue con confianza, y libremente haga recaer la envidia sobre su adversario (San Epifanio). Con la misma audacia con que él acusa, que este defienda. Y después de haber dicho todo lo que quiera, lo que haya propuesto, lo que carezca de sospechas: si la calumnia persiste, que lo lleve a juicio con la mano armada. No quiero que nadie sea paciente en la sospecha de herejía; no sea que, ante aquellos que ignoran su inocencia, la disimulación se juzgue como conciencia si calla: aunque es superfluo buscar su presencia y forzar el silencio, cuando tienes sus cartas.

3. Se dirige a Juan mismo.---Todos sabemos lo que te escribió, lo que te acusó, en qué (como tú quieres) te calumnió. Responde a cada punto, sigue los pasos de esta Epístola, no pases ni un punto ni una tilde de la calumnia. Porque si actúas negligentemente, y (como yo te creo jurando) pasas algo por casualidad, inmediatamente él clamará y dirá: Aquí, aquí te tengo vencido; aquí se centra todo el asunto. No escuchan igual los enemigos y los amigos. Quien es enemigo, busca el nudo en el junco; el amigo juzga recto incluso lo torcido. Las letras del mundo escriben que los juicios de los amantes son ciegos; que tú, tal vez ocupado en los Sagrados Volúmenes, has descuidado por completo. Nunca te gloríes en el juicio de los amigos. Ese es el verdadero testimonio que se pronuncia con voz enemiga. De lo contrario, si un amigo habla a tu favor, no se le considerará testigo o juez, sino partidario. Esto y cosas

similares dirán tus enemigos, que tal vez no te crean y quieran provocarte. Sin embargo, yo, a quien nunca has herido voluntariamente, cuyo nombre siempre te ves obligado a ventilar en tus cartas, te doy el consejo de que abiertamente o prediques la fe de la Iglesia, o hables como crees. Porque esta prudente disposición y equilibrio de palabras puede engañar a los indoctos. Un oyente y lector cauteloso pronto descubrirá las insidias: y los túneles por los que se subvierte la verdad, los demostrará abiertamente a la luz. Y los arrianos, que conoces muy bien, durante mucho tiempo simulaban condenar el término escandaloso "consustancial" (ὁμοούσιον), y cubrían el veneno del error con la miel de las palabras. Pero finalmente la serpiente tortuosa se reveló, y la cabeza nociva, que estaba cubierta por las espiras de todo el cuerpo, fue atravesada por la espada espiritual. La Iglesia, como sabes, recibe a los penitentes; y superada por el número de pecadores, mientras consulta a los rebaños engañados, perdona las heridas de los pastores. La misma costumbre se mantiene ahora en la herejía antigua y nueva, para que el pueblo escuche una cosa, y los sacerdotes prediquen otra.

4. A Juan, obispo en Palestina, no le comunicaban muchos. San Epifanio llamaba hereje a Juan. Atanasio y Paulino, los únicos católicos en Oriente.---Y primero, antes de que inserte en este volumen tu epístola escrita al obispo Teófilo, y te muestre que entiendo demasiado bien tu prudente cautela, me gustaría discutir contigo. ¿Qué arrogancia es esta de no responder a quienes preguntan sobre la fe? ¿Considerar a tanta multitud de hermanos y coros de monjes que no te comunican en Palestina como si fueran enemigos públicos? El Hijo de Dios, por una oveja enferma, dejó noventa y nueve en los montes, soportó bofetadas, cruz, azotes, y la llevó sobre sus hombros al cielo, cargando y soportando a la delicada pecadora. ¿Tú, beatísimo papa y obispo fastidioso, solo rico, solo sabio, solo noble y elocuente, desprecias a tus compañeros siervos, redimidos con la sangre de tu Señor, con el ceño fruncido y los ojos oblicuos? ¿Es esto lo que, según el mandato del Apóstol, has aprendido: "Estad siempre preparados para dar respuesta a todo el que os pida razón de la esperanza que hay en vosotros" (I Pet. III, 15)? Supón que buscamos ocasión, y bajo el pretexto de la fe sembramos disputas, creamos cismas, provocamos riñas. Quita la ocasión a quienes buscan ocasión; para que, después de haber satisfecho sobre la fe, y resuelto todos los nudos que se te atan, entonces demuestres claramente a todos que no es una disputa de dogmas, sino de ordenación. A menos que, prudentemente, guardes silencio sobre la fe cuando se te pregunta, para no parecer hereje cuando hayas satisfecho. Por tanto, todos los crímenes de los que se acusa a los hombres no deben refutarse: no sea que, después de haberlos negado, sean criminales. Pero desprecias a los laicos, diáconos y presbíteros. Porque puedes (como te glorías y jactas) hacer mil clérigos en una hora. Tienes al papa Epifanio, quien abiertamente te llama hereje en sus cartas. Ciertamente, ni en edad, ni en ciencia, ni en mérito de vida, ni en el testimonio de todo el mundo, eres mayor que él. Si buscas la edad, escribes [Al. escribirás] como joven a anciano. Si la ciencia, no eres tan erudito como el docto: aunque tus partidarios te consideren más elocuente que Demóstenes, más agudo que Crisipo, más sabio que Platón, y tal vez te lo hayan persuadido a ti mismo. Sobre la vida y la fe no diré más, para no parecer que te hiero. En el tiempo en que toda el Oriente (excepto el papa Atanasio y Paulino) estaba poseído por la herejía de los arrianos y eunomianos, cuando no te comunicabas con los occidentales y confesores en medio del exilio; él, ya sea como presbítero del monasterio escuchado por Eutiquio, o más tarde como obispo de Chipre, no fue tocado por Valente. Siempre fue de tal veneración que los herejes reinantes consideraban una deshonra perseguir a tal hombre. Escribe, pues, a este. Responde a su epístola: que los demás sientan tu fin, elocuencia, prudencia, para que no te parezcas el único elocuente. ¿Por qué, provocado por uno, diriges tus armas a otro? Se te pregunta en Palestina [Al. Palestinos], y respondes a Egipto. A otros que tienen los ojos irritados, aplicas ungüento a los que no duelen. Si dices que tu epístola fue aprobada por el obispo de Alejandría, ¿qué aprobó? Que

hablaste bien contra Arrio, contra Fotino, contra Maniqueo. ¿Quién te acusa ahora de arriano? ¿Quién te imputa ahora el crimen de Fotino o Maniqueo? Esas cosas fueron corregidas y sacudidas hace tiempo. No eras tan tonto como para defender abiertamente una herejía que sabías que desagradaba a la Iglesia. Sabías que si lo hacías, serías removido inmediatamente del lugar, y suspirabas por las delicias de tu trono. Así moderaste tu sentencia, para no desagradar a los simples ni ofender a los tuyos. Hablaste bien, pero nada relevante para la causa. ¿Cómo sabía el pontífice de la Iglesia de Alejandría en qué se te acusaba? ¿De qué se te pedía confesión? Debiste haber propuesto las acusaciones y luego responder a cada una. La historia antigua narra: Alguien, al hablar elocuentemente, llevado por el ímpetu y la fluidez de las palabras, y no tocar en absoluto la causa, un oyente y juez prudente dijo: "Bien, bien, pero ¿a dónde va tan bien?" Los médicos inexpertos usan un solo colirio para todos los dolores de ojos. Quien es acusado en muchos puntos, y en la dilución de los crímenes omite alguno, confiesa todo lo que calla. ¿No respondiste a la epístola de Epifanio, y propusiste tú mismo lo que debías resolver? Sin duda, respondiste con esta confianza: Nadie se golpea fuertemente a sí mismo. Elige entre dos lo que quieras. Se te dará la opción, o respondiste a la epístola de Epifanio, o no. Si respondiste, ¿por qué dejaste de lado la mayoría y la mayor parte de lo que se te acusó? Si no respondiste, ¿dónde está esa Apología tuya, en la que te glorías ante los simples, y como si ignoraran la causa, la diseminas por todas partes?

6. De las ocho cuestiones planteadas a Juan, él respondió a tres. Se te han presentado ocho puntos de cuestionamiento sobre la esperanza de la fe cristiana (como demostraré de inmediato). Solo tocas tres y omites el resto. En las demás, hay un gran silencio. Aunque hubieras respondido perfectamente a siete, aún quedaría un crimen en uno: y lo que callaste, eso sostendría. Ahora, como si hubieras atrapado al lobo por las orejas, ni puedes sostenerlo ni te atreves a soltarlo. Incluso esos tres, como si descuidado y seguro, y como si estuvieras haciendo otra cosa, los pasas por alto y los tocas superficialmente. Y avanzas tan cubierto y oculto que confiesas más al callar que al discutir. ¿Quién no podría decirte de inmediato: Si la luz que hay en ti son tinieblas, ¡cuán grandes serán las mismas tinieblas! (Mat. VI, 23)? Si las tres pequeñas cuestiones sobre las que pareciste decir algo no están libres de sospecha y culpa, y se demuestra que están escritas de manera fraudulenta y resbaladiza, ¿qué haremos con las cinco restantes, en las que, al no haber ocasión de discurso ambiguo, preferiste callar por completo antes que confesar abiertamente lo que era correcto?

7. Ocho errores de Orígenes planteados a Juan por Epifanio.---Y primero del libro "Sobre los Principios" donde dice: pues así como es incongruente decir que el Hijo puede ver al Padre, así es inconveniente pensar que el Espíritu Santo puede ver al Hijo. Segundo, que las almas están atadas en este cuerpo como en una cárcel; y antes de que el hombre fuera creado en el paraíso, habitaron entre las criaturas racionales en los cielos. De donde después el alma habla en los Salmos para su consuelo: Antes de ser humillado, yo pequé (Sal. CXVIII, 67). Y: Vuelve, alma mía, a tu descanso (Sal. CXIV, 7). Y: Saca mi alma de la cárcel (Sal. CXLI, 8), y otras cosas similares. Tercero, que dice que el diablo y los demonios algún día harán penitencia y reinarán con los santos en el último tiempo. Cuarto, que interpreta los cuerpos humanos como túnicas de piel, con las que Adán y Eva fueron vestidos después de la ofensa y la expulsión del paraíso, sin duda antes estaban en el paraíso sin carne, nervios y huesos. Quinto, que niega abiertamente la resurrección de la carne y la estructura de los miembros, y el sexo por el cual los hombres se dividen de las mujeres, tanto en la explicación del primer salmo como en muchos otros tratados. Sexto, que alegoriza el paraíso de tal manera que quita la verdad de la historia; entendiendo por árboles a los ángeles, por ríos a las virtudes celestiales; y subvierte todo el contenido del paraíso con una interpretación tropológica. Séptimo, que considera que las aguas que se dice en las Escrituras están sobre los cielos son

virtudes santas y celestiales, y que las que están sobre la tierra y debajo de la tierra son contrarias y demoníacas. Octavo, que objeta finalmente, que la imagen y semejanza de Dios, a la cual el hombre fue creado, dice que fue perdida por él; y que no estaba en el hombre después del paraíso.

8. Humildad y caridad de Epifanio. Pretextato, cónsul designado; qué solía decir. La fe pura no admite demora. Qué debe ser el celo de la fe.---Estas son las flechas con las que eres herido: estas son las armas con las que en toda la Epístola eres vulnerado: excepto en lo que, postrado a tus pies, y dejando a un lado por un momento el honor del Sacerdote, suplica por tu salvación, y te habla con estas palabras: «Haz que yo y tú seamos salvados, como está escrito, De una generación perversa: y apártate de la herejía de Orígenes, y de todas las herejías, amadísimo.» Y más adelante: «Por la defensa de la herejía, levantando odios contra mí, rompéis la caridad que tenía en vosotros: hasta el punto de hacernos arrepentir de haberos comunicado, defendiendo así los errores y dogmas de Orígenes.» Dime, ilustre disputador, de los ocho capítulos, a cuáles has respondido. Por un momento callo sobre los demás. Esa primera blasfemia, que ni el Hijo puede ver al Padre, ni el Espíritu Santo al Hijo, ¿con qué armas ha sido herida por ti? «Creemos, dice, en la santa y adorable Trinidad, de la misma sustancia, coeterna; de la misma gloria y divinidad: anatematizando a aquellos que hablan de algo grande o pequeño, desigual o visible en la deidad de la Trinidad. Pero así como decimos que el Padre es incorpóreo, invisible y eterno: así decimos que el Hijo y el Espíritu Santo son incorpóreos, invisibles y eternos.» Si no dijeras esto, no mantendrías la Iglesia: y sin embargo, no pregunto si antes no lo dijiste: no indagaré si amaste a aquellos que predicaron tales cosas; con quienes estuviste, cuando aquellos que decían tales cosas sufrían exilio: quién fue aquel que, cuando el presbítero Teón predicaba al Espíritu Santo como Dios en la Iglesia, cerró sus oídos, y huyó apresuradamente con los suyos, para no escuchar tal impiedad. Inmediatamente, dice, quiero ser fiel con una conversión tardía. Miserable Pretextato, que murió designado cónsul. Hombre sacrílego y adorador de ídolos, solía decir en broma al bendito Papa Dámaso: Hacedme obispo de la ciudad de Roma, y seré cristiano de inmediato. ¿Por qué con un largo discurso y períodos prolijos demuestras que no eres arriano? O niega que lo haya dicho quien es acusado: o si habló tales cosas, condena que las haya dicho. ¿Quieres saber cuán grande es el ardor de los que creen bien? Escucha al Apóstol: Y si nosotros, o un ángel del cielo os anunciara otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema (Gál. I, 8). Tú, para atenuar el crimen, y disimulando el nombre del criminal, como si todo estuviera seguro, y nadie fuera acusado de blasfemias, tejes una fe ociosa con un discurso artificioso. Di de inmediato, y que tu Epístola tenga este comienzo, anatema a quien se atrevió a escribir tales cosas. La fe pura no admite demora. Cuando aparece el escorpión, debe ser aplastado de inmediato. David, hallado según el corazón del Señor, ¿No odiaba, dice, a los que te odian, Señor, y me consumía por tus enemigos? Con perfecto odio los odiaba (Sal. CXXXVIII, 21). Si hubiera escuchado a mi padre, a mi madre, a mi hermano decir tales cosas contra mi Cristo, habría desgarrado sus bocas blasfemas como un perro rabioso, y mi mano habría estado sobre ellos en primer lugar. Los que dijeron a su padre y a su madre: No os conocemos, estos cumplieron la voluntad del Señor. El que ama a su padre o a su madre más que a Cristo, no es digno de él (Mat. X, 37).

9. Los ángeles son invisibles. La fe pura y sinceridad de Jerónimo.---Se te objeta que tu maestro, a quien llamas católico, a quien defiendes con insistencia, dijo: «El Hijo no ve al Padre; y el Espíritu Santo no ve al Hijo:» Y tú me dices: El Padre es invisible, el Hijo es invisible, el Espíritu Santo es invisible:» como si no fueran también los ángeles y querubines y serafines, según su naturaleza, invisibles a nuestros ojos. Ciertamente David, incluso dudando de la visión de los cielos, dice: Veré, dice, los cielos, obra de tus dedos (Sal. VIII,

4). Veré, no veo. Veré, cuando con el rostro descubierto contemple la gloria del Señor: ahora, sin embargo, vemos en parte, y conocemos en parte (I Cor. XIII, 9). Se pregunta si el Hijo ve al Padre: y tú dices: «El Padre es invisible.» Se delibera si el Espíritu Santo ve al Hijo: y tú respondes, «El Hijo es invisible.» Se discute si la Trinidad se ve a sí misma, los oídos humanos no pueden soportar tal blasfemia: y tú dices, «La Trinidad es invisible.» Te evades en otras alabanzas: peroras en cosas que nadie investiga. Desvías al oyente a otro lado, para que no hables de lo que preguntamos. Pero estas cosas se han dicho de más. Te concedemos que no seas arriano: más aún, que nunca lo hayas sido. Concedemos que en la exposición del primer capítulo, no haya sospecha contra ti, y que todo lo hayas dicho pura y simplemente, con la misma simplicidad hablamos contigo. ¿Acaso el papa Epifanio te acusó de ser arriano? ¿Te imputó la herejía de Eunomio o de Aerio? Lo que se busca en toda la Epístola es que sigues los errores de los dogmas de Orígenes, y que tienes algunos socios de esta herejía. ¿Por qué, preguntado por una cosa, respondes otra, y como si hablaras con necios, disimulando los crímenes que contienen las letras, replicas lo que dijiste en la Iglesia presente a Epifanio? Se te pide una confesión de fe, e impones tus tratados elocuentísimos a quienes no quieren. Te ruego, lector, que recordando el tribunal del Señor, y entendiendo que serás juzgado por tu juicio, no favorezcas ni a mí ni al adversario, ni consideres las personas de los que hablan, sino la causa. Digamos, pues, lo que hemos comenzado.

10. Isaías, demostrador de la Virgen.---Escribes en tu Epístola que antes de que Pauliniano fuera hecho presbítero, el papa Epifanio nunca te confrontó sobre el error de Orígenes. Primero es dudoso, y discuto sobre las personas. Él dice que lo objetó, tú lo niegas: él presenta testigos, tú no quieres escuchar a los presentados. Él también menciona que hubo otra reunión, tú disimulas por ambos: te envía una carta a través de su clérigo, exige una respuesta: callas, no te atreves a murmurar, y provocado en Palestina, hablas en Alejandría. Entre él y tú, a quién se debe dar fe, no es mi lugar decirlo. Creo que ni tú mismo te atreverías a atribuirte la verdad y a él la mentira contra un hombre tan grande. Pero puede suceder que cada uno hable por sí mismo. Te llamaré a ti mismo como testigo contra ti. Pues si no había cuestión sobre los dogmas: si no habías movido el estómago del anciano: si él no te había respondido nada, ¿qué necesidad había de que en un solo tratado de la Iglesia, un hombre no muy elocuente, discutieras sobre todos los dogmas: sobre la Trinidad, sobre la ascensión del cuerpo del Señor, sobre la cruz, sobre los infiernos, sobre la naturaleza de los ángeles, sobre el estado de las almas, sobre la resurrección del Salvador y la nuestra: y en la tierra, que tal vez olvidaste escribir, ante los pueblos presentes y un hombre tan grande, hablaras intrépido, y todo lo resumieras de un solo golpe de lengua? ¿Dónde están los antiguos tratadistas de la Iglesia, que apenas pudieron explicar una sola cuestión en muchos volúmenes? ¿Dónde está el vaso de elección, la trompeta del Evangelio, el rugido de nuestro león, el trueno de las naciones, el río de la elocuencia cristiana, que más se maravilla del misterio ignorado por generaciones pasadas, y de la profundidad de las riquezas de la sabiduría y el conocimiento de Dios que lo habla (Rom. II, 33; Col. I, 26)? ¿Dónde está Isaías, demostrador de la Virgen, que sucumbiendo en una sola cuestión dice: ¿Quién contará su generación? (Isai. LIII, 8)? Se ha encontrado en nuestros tiempos un hombrecillo no muy grande, que sobre todas las cuestiones de la Iglesia, resplandece más claro que el sol con un solo giro de lengua. Si nadie te lo pedía, y todo estaba tranquilo, tontamente quisiste asumir tantos riesgos de disputa. Si ya entonces hablabas en satisfacción de la fe, entonces no es la ordenación del presbítero la causa de la discordia: quien se sabe que fue constituido mucho después. Engañaste a los ausentes, y tus cartas halagan a oídos extranjeros.

11. Antropomorfitas.---Nosotros estábamos aquí, lo sabemos todo, cuando el papa Epifanio hablaba contra Orígenes en tu Iglesia: cuando bajo su nombre se lanzaban dardos contra

nosotros. Tú y tu coro, con muecas de perro, narices arrugadas, rascándose la cabeza, decían con gestos que el anciano deliraba. ¿No ordenaste, enviando al archidiacono, que callara mientras discutía tales cosas? ¿Quién ha ordenado jamás a su presbítero que guarde silencio ante el pueblo? ¿No, cuando ibais de Anastasis a la cruz, y toda la multitud de todas las edades y sexos se reunía a su alrededor, ofreciendo niños, besando sus pies, arrancando sus flecos: y como no podía avanzar, sino que apenas sostenía el oleaje de la multitud que lo inundaba, tú, torturado por la envidia contra el glorioso anciano, clamabas: y no te avergonzaste de decirle en su cara que se demoraba voluntaria y deliberadamente. Recuerda, te lo ruego, aquel día, cuando a la séptima hora el pueblo invitado, con la sola esperanza de que después escucharía a Epifanio, era retenido, ¿qué predicaste entonces? Sin duda, furioso e indignado, hablabas contra los antropomorfitas, que con simplicidad rústica creen que Dios tiene los miembros que están escritos en los libros divinos: dirigías tus ojos y manos y todo el tronco del cuerpo hacia el anciano, queriendo hacerlo sospechoso de la más estúpida herejía. Después de que, cansado, con la boca seca, el cuello reclinado y los labios temblorosos, callaste, y finalmente se cumplió el deseo de todo el pueblo, ¿qué hizo el anciano delirante y tonto? Se levantó, para indicar que diría pocas cosas, y saludada la Iglesia con voz y mano, «Todo (dijo) lo que ha hablado mi hermano en el colegio, mi hijo en edad, contra la herejía de los antropomorfitas, ha hablado bien y fielmente, lo cual también es condenado por mi voz. Pero es justo que así como condenamos esta herejía, también condenemos los dogmas perversos de Orígenes.» ¿Qué risa de todos, qué aclamación siguió, creo que lo recuerdas. Esto es lo que dices en tu Epístola, que él hablaba al pueblo lo que quería, y de la manera que quería. Por supuesto, deliraba, quien en tu reino hablaba contra tu sentencia. Lo que quería, dices, y de la manera que quería. O alaba, o reprueba. ¿Por qué aquí también caminas dudoso? Si eran buenas las cosas que hablaba, ¿por qué no las proclamas abiertamente? Si eran malas, ¿por qué no las repruebas con constancia? Pero la columna de la verdad y la fe, que se atreve a decir de un hombre tan grande, que hablaba al pueblo lo que quería: consideremos cuán prudentemente y con cuánta modestia, cuán humildemente habla de sí mismo. «Cuando, dice, también nosotros un día antes que él habláramos y la lectura presente [del Evangelio] provocara, en su presencia, y de toda la Iglesia, hablamos de la fe y de todos los dogmas eclesiásticos estas cosas, que siempre, por la gracia de Dios, enseñamos incesantemente en la Iglesia, y en las catequesis.»

12. Padre de los obispos Epifanio.---Te ruego, ¿cuál es esta confianza, qué tan grande es la arrogancia del ánimo? Todos los filósofos y oradores critican a Gorgias de Leontinos, porque se atrevió, colocando una silla públicamente, a prometer que respondería sobre cualquier cosa que alguien quisiera preguntar. Si no me refrenara el honor del sacerdocio, y la veneración del nombre, y supiera aquello del Apóstol: No sabías, hermanos, que era el Sumo Sacerdote: porque está escrito: No maldecirás al príncipe de tu pueblo (Hech. XXIII, 5; Éx. XXII), ¿con qué clamor y con qué indignación de palabras me quejaría de tu narración! Aunque tú mismo disminuyas la dignidad de tu nombre, cuando desprecias tanto en obra como en palabra al padre de casi todos los obispos, y reliquia de la antigua santidad. Dices que un día, cuando la lectura presente provocó, en su presencia y de toda la Iglesia, disputaste sobre la fe y todos los dogmas eclesiásticos. Ahora es de admirar a Demóstenes, quien se dice que escribió una bellísima oración contra Esquines durante mucho tiempo. En vano admiramos a Cicerón; porque Cornelio Nepote refiere que, en su presencia, con casi las mismas palabras con las que fue publicada, pronunció aquella defensa por Cornelio, el tribuno sedicioso. He aquí nuestro Lisias, he aquí Graco, y para introducir algo de los modernos, Quinto Aterio, quien tenía su ingenio en efectivo, de modo que sin un monitor no podía callar: de quien el César Augusto dijo excelentemente, «Quinto, nuestro, debe ser frenado.»

13. Costumbre de la Iglesia para los que van a ser bautizados.---¿Alguien prudente y de sano juicio se atrevería a afirmar que en un solo tratado de la Iglesia, sobre el fin y todos los dogmas eclesiásticos ha disputado? Te ruego que me muestres, ¿cuál es esa lectura, sazónada con todo el sabor de las Escrituras, cuya ocasión te provocó para que de repente descendieras al peligro del ingenio? Y si no te hubiera inundado el río de tu elocuencia, podrías ser acusado de que no podrías hablar extemporáneamente sobre todos los dogmas. Pero, ¿qué es esto? Prometes una cosa y exhibes otra. Sin embargo, nuestra costumbre es tal, que a los que van a ser bautizados, durante cuarenta días, les enseñamos públicamente la santa y adorable Trinidad [el símbolo de la fe]. Si la lectura presente te provocó para que hablaras sobre todos los dogmas en una hora, ¿qué necesidad había de repetir la doctrina de cuarenta días? Pero si referías lo que hablaste durante toda la cuaresma, ¿cómo te provocó una lectura un día para que hablaras sobre todos los dogmas? Pero aquí también habla ambiguamente: pues puede ser que lo que solía enseñar durante cuarenta días en la Iglesia a los que iban a ser bautizados, lo haya tocado bajo la ocasión de una sola lectura. Pues es de la misma elocuencia poder decir pocas cosas con muchas palabras, y muchas cosas con pocas palabras. También se puede entender que después de que una lectura lo provocó, inflamado por el ardor de hablar, nunca calló durante cuarenta días. Pero también el anciano ocioso, dependiendo de su boca, mientras deseaba saber cosas inauditas, casi cayó dormido. De alguna manera deben ser toleradas: tal vez también estas cosas las haya dicho simplemente a su manera.

14. Juan ordenó a Epifanio que guardara silencio. Carta de Epifanio a Siricio.---Dejemos de lado lo restante, en lo cual, después de los laberintos de una discusión prolija, no presenta una opinión dudosa, sino clara, y concluye sus asombrosos tratados con este fin: «Cuando hablamos de estas cosas en su presencia, y él, por el honor que le mostramos más allá de toda medida, fue provocado a hablar: alabó nuestra predicación, se maravilló y declaró a todos que era la fe católica. Cuánto honor le has mostrado más allá de toda medida, lo declaran las contumelias exhibidas más allá de la medida: cuando le ordenaste guardar silencio a través del Archidiácono; y mientras permanecía entre la gente, ansioso de alabanzas, lo reprendías. Los hechos presentes enseñan sobre los pasados. Él, desde entonces, durante tres años, soporta sus injurias, despreciando la enemistad privada, solo pide la corrección de la fe. Tú, que abundas en recursos, y la religión de todo el mundo es tu ganancia, envías a tus gravísimos legados de un lado a otro, y despiertas a un anciano dormido para que responda. Y en verdad, a quien tanto honor le habías mostrado, era justo que especialmente alabarás tus palabras improvisadas. Porque, en verdad, los hombres suelen alabar lo que no aprueban, y nutrir con vanas alabanzas la necedad ajena, no solo alabó tus palabras, sino que las alabó y se maravilló: y para que el milagro no fuera pequeño, declaró a todo el pueblo que era de la fe católica. De cuán verdaderamente dijo esto, somos testigos nosotros que lo escuchamos, a quienes vino perturbado por tus palabras, diciendo que se había comunicado temerariamente: y, solicitado por todo el Monasterio para que regresara a ti desde Belén, no soportando tantas súplicas, regresó al anochecer, para huir a medianoche, y las cartas al papa Siricio lo prueban: si las lees, verás cómo se maravilló de tus palabras y declaró que era católica. Pero estamos perdiendo el tiempo con tonterías, y con un largo discurso refutamos canciones de ancianas y superfluas.

15. Pasemos a la segunda cuestión, en la cual, como si nada se le hubiera propuesto, simula dormir seguro y eructando, para hacer que los lectores se adormezcan. Pero de lo restante que concierne a la fe, teníamos que hablar, es decir, que de todas las cosas visibles e invisibles, de las fuerzas celestiales y de las criaturas terrenales, hay un solo y mismo creador, Dios, es decir, la santa Trinidad, «según el bienaventurado David que dice: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el espíritu de su boca toda su fuerza (Sal. XXXII, 6): lo cual

muestra simplemente también la creación del hombre. Pues él es quien, tomando barro de la tierra, formó al hombre, y por la gracia de su propia insuflación le dio un alma racional y de libre albedrío, no una parte de su naturaleza (según algunos, que impiamente predicán esto), sino una condición propia. Y de los santos ángeles creen igualmente, según la divina Escritura que dice de Dios: Que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego ardiente (Sal. CIII, 4): de los cuales creer que son de naturaleza inmutable, no nos lo concede la Escritura, que dice: También a los ángeles que no guardaron su principado, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado en cadenas eternas bajo oscuridad para el juicio del gran día (Jud., 6): porque fueron cambiados, y de su propia dignidad y gloria, más bien los conocemos que han pasado al orden de los demonios. No hemos creído nunca, ni enseñado (¡Dios nos libre!), que las almas de los hombres se hagan de la caída de los ángeles o de su conversión, y confesamos que esto es ajeno a la predicación eclesiástica.»

16. Errores de Orígenes.---Preguntamos si las almas, antes de que el hombre fuera hecho en el paraíso y Adán fuera formado de la tierra, estaban entre las criaturas racionales; si tenían su propio estado, vivían, moraban y subsistían, y si la doctrina de Orígenes es verdadera, quien dijo que todas las criaturas racionales, incorpóreas e invisibles, si fueran más negligentes, poco a poco caerían a lo inferior, y según las cualidades de los lugares a los que descienden, asumirían cuerpos. Por ejemplo, primero etéreos, luego aéreos. Y cuando llegaron a la vecindad de la tierra, serían rodeados de cuerpos más densos, finalmente atados a carnes humanas, y que los mismos demonios, que por su propio albedrío se apartaron del ministerio de Dios con su príncipe el diablo, si comenzaran a arrepentirse un poco, serían vestidos de carne humana, para que, habiendo hecho penitencia después de la resurrección, en el mismo círculo en que vinieron a la carne, regresen a la vecindad de Dios, liberados incluso de los cuerpos aéreos y etéreos, y entonces toda rodilla se doble ante Dios, de los celestiales, terrenales e infernales, y Dios sea todo en todos. Entonces, cuando se preguntan estas cosas, ¿por qué tú, dejando de lado sobre lo que se lucha, saliendo del banquillo y del lugar de la contienda, te detienes en disputas peregrinas y muy ajenas?

17. Qué decía Orígenes en los libros *περὶ Ἀρχῶν*. En qué tiempo Jerónimo publicó sus Comentarios sobre el Eclesiastés.---Crees que un solo Dios creó todas las criaturas visibles e invisibles: esto también lo confesaría Arrio, quien dice que todo fue creado por el Hijo. Si se te acusara de la herejía de Marción, que introduce a un Dios bueno y a otro justo; aquel como creador de lo invisible, este como creador de lo visible, correctamente me habrías satisfecho en esta cuestión. Crees que la Trinidad es la creadora del universo. Esto lo niegan los arrianos y semi-arrianos, blasfemando que el Espíritu Santo no es creador, sino creado. Pero, ¿quién te acusa de arriano en este tiempo? Dices que las almas de los hombres no son parte de la naturaleza de Dios; como si ahora fueras llamado maniqueo por Epifanio. Detestas a aquellos que afirman que las almas se hacen de los ángeles, y dicen que su caída es nuestra sustancia. No disimules lo que sabes, ni finjas con simplicidad lo que no tienes: Ni Orígenes dijo jamás que las almas se hacen de los ángeles, ya que enseña que los mismos ángeles son un nombre de oficio, no de naturaleza. En los libros *περὶ Ἀρχῶν*, dice que los ángeles, tronos, dominaciones, potestades, y rectores del mundo, y de las tinieblas, y todo nombre que se nombra (Efes. I, 21), no solo en este siglo, sino en el futuro, son almas de esos cuerpos, que han asumido ya sea por deseo o por ministerio. También dice que el mismo sol y la luna, y todo el coro de estrellas, son almas de criaturas racionales e incorpóreas de antaño: que ahora sujetas a la vanidad, a saber, con cuerpos ígneos, que nosotros, ignorantes y rudos, llamamos luminarias del mundo, serán liberadas de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Por eso toda criatura gime y sufre dolores de parto. Y el Apóstol se lamenta, diciendo: ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? No es el

momento de escribir contra el dogma de los gentiles, y en parte platónico. Hace casi diez años, en los Comentarios sobre el Eclesiastés, y en la explicación de la Epístola a los Efesios, creo que el sentido de mi mente fue explicado a los prudentes.

18. Ahora te pido, que hablas tanto, que de todos los discursos bajo un solo tratado expones la verdad, que respondas a los que preguntan con una sentencia breve y completa. Cuando Dios formó al hombre del barro, y por la gracia de su propia insuflación le dio un alma: ¿esa alma existía antes y subsistía, y dónde se encontraba, que luego fue dada por la insuflación de Dios: o en el sexto día cuando el cuerpo fue formado del barro, recibió el ser y vivir por el poder de Dios? Sobre esto callas, y disimulando saber lo que se pregunta, te ocupas en cuestiones superfluas. Dejas a Orígenes intacto, y te desbocas contra Marción, Apolinar, Eunomio, Maniqueo, Arrio y las necedades de los demás herejes. Pides la mano, y ofreces el pie; y sin embargo, insinúas latentemente el dogma que sostienes. Así nos apaciguas a los rústicos, para que no desagrades del todo a los tuyos.

19. Dices que de los ángeles se hacen demonios más bien que almas, como si los mismos demonios, según Orígenes, no fueran almas de cuerpo aéreo, y de los demonios después, si se arrepienten, fueran a ser almas humanas. Escribes que los ángeles son mutables, y bajo lo que es piadoso, introduces lo que es impío; para que en muchos períodos se hagan almas no de los ángeles, sino de esos nombres, en los que primero los ángeles fueron cambiados. Quiero que lo que digo sea más claro: imagina a alguien de poder tribunicio degradado por su propio vicio, a través de cada uno de los oficios de la milicia ecuestre, reducido al título de recluta, ¿acaso de tribuno se hace inmediatamente recluta? No; sino primero primicerius, luego senador, ducenarius, centenarius, biarchus, circitor, eques, luego recluta; y aunque el tribuno alguna vez fue soldado raso, sin embargo, de tribuno no se hizo recluta, sino primicerius. Orígenes enseña que a través de la escala de Jacob, las criaturas racionales descienden poco a poco al último grado, es decir, a la carne y la sangre: y que no puede ser que del número centenario alguien se precipite de repente al número uno, sino que a través de cada número, como a través de los peldaños de una escalera, llegue hasta el último; y cambiar tantos cuerpos, cuantas mansiones hayan cambiado del cielo a la tierra. Estas son vuestras estratagemas y prestidigitaciones, con las que nos llamáis pelusiotas y bestias, y hombres animales, porque no recibimos las cosas que son del espíritu. Vosotros, jerusalemitas, incluso os burláis de los ángeles. Se sacan a la luz vuestros misterios, y el dogma tejido de las fábulas de los gentiles se publica a oídos cristianos. Esto que vosotros admiráis, hace tiempo lo despreciamos en Platón. Lo despreciamos, porque recibimos la locura de Cristo. Recibimos la locura de Cristo, porque lo necio de Dios es más sabio que los hombres. No avergüenza a los cristianos y sacerdotes de Dios, como si se tratara de cosas lúdicas, quedarse en palabras dudosas, y sopesar sentencias ambiguas, en las que el que habla se engaña más que el que escucha.

20. Estas palabras sobre un cierto origenista.---Uno de vuestro coro, cuando fue retenido por mí para que dijera qué pensaba sobre el alma, si había existido antes de la carne, o no había existido; respondió que al mismo tiempo existieron el cuerpo y el alma. Sabía que el hombre herético buscaba trampas en el discurso. Finalmente lo descubrí, diciendo que desde que animó el cuerpo, desde entonces se le llama alma, que antes se llamaba demonio, o ángel de Satanás, o espíritu de fornicación, o en la parte contraria, dominación, potestad, administrador del espíritu, o mensajero. Si el alma existió antes de que Adán fuera formado en el paraíso, en cualquier estado y orden, y vivió, y actuó algo (pues no podemos concebirla incorpórea y eterna, inmóvil y adormecida como los lirones), es necesario que haya habido alguna causa previa, por la cual, siendo antes sin cuerpo, después fue rodeada de cuerpo. Y si es natural para el alma existir sin cuerpo, entonces es contra natura existir en el cuerpo. Si es

contra natura existir en el cuerpo, entonces la resurrección del cuerpo será contra natura. Pero no se hará la resurrección contra natura; por lo tanto, según vuestra sentencia, el cuerpo que es contra natura resurgiendo, no tendrá alma.

21. Nombrar a un maniqueo es una contaminación.---Dices que el alma no es de la sustancia de Dios. Bien dicho. Condenas al impiísimo Maniqueo, a quien nombrar es una contaminación. Dices que las almas no se hacen de los ángeles. Estoy de acuerdo por un momento, aunque sé en qué sentido lo dices. Porque hemos aprendido lo que niegas, queremos saber qué crees. «Tomando, dices, barro de la tierra, Dios formó al hombre, y por la gracia de su propia insuflación le dio un alma racional; y de libre albedrío, no una parte de su naturaleza (según algunos, que impiamente predicán esto), sino una condición propia.» Veán con cuánta circunlocución expresa lo que no preguntamos. Sabemos que Dios formó al hombre de la tierra, sabemos que insufló en su rostro, y fue hecho en alma viviente: no ignoramos que el alma es racional, y de libre albedrío, y sabemos que es una condición de Dios. Nadie duda que el maniqueo se equivoca, quien dice que es de la sustancia de Dios. Esto pregunto ahora: ¿Cuándo fue hecha esta alma, condición de Dios, de libre albedrío, racional, no de la sustancia del Creador: si en el tiempo en que el hombre fue hecho del barro, y se insufló el aliento de vida en su rostro: o si fue hecha antes, y entre las criaturas racionales e incorpóreas existía y vivía, y luego fue dada por la insuflación de Dios? Aquí callas, aquí te simulas simple y rústico; y bajo las palabras de la Escritura, escondes lo que la Escritura no siente. En ese lugar donde dices, lo que nadie pregunta, que no es una parte de su naturaleza (según algunos que impiamente predicán esto) deberías haber dicho más bien lo que todos preguntamos, que no es la que fue antes, no la que había sido creada antes, que entre las criaturas racionales e incorpóreas e invisibles ya se movía desde hace mucho tiempo. No hablas de nada de esto, nos presentas al maniqueo, y escondes a Orígenes, y como a los niños que piden comida, las nodrizas les ofrecen cosas lúdicas, para distraer sus mentes, así tú nos distraes a los rústicos hacia otras cosas, para que mientras nos mantenemos ocupados con la novedad de otra persona, no preguntemos lo que queremos.

22. Eva en el tipo de la Iglesia. Dios fabrica diariamente almas racionales. Confesión libre de fe.---Sea, no hables de esto, y tu simplicidad no tenga nada que callar astutamente. Entonces, ¿por qué, habiendo comenzado a hablar una vez sobre el alma, y repitiendo desde el principio de la condición humana sobre un asunto tan grande: por qué, dejando la discusión pendiente, pasas de repente a los ángeles y a la dispensación del cuerpo del Señor: y dejando un gran obstáculo en medio, nos dejas dudosos en el lodo? Si la insuflación de Dios (lo que no quieres, y lo que ahora dejas ambiguo) es la condición del alma humana: Eva, en cuyo rostro Dios no insufló, ¿de dónde tuvo el alma? Callo sobre Eva, que en el tipo de la Iglesia fue edificada de la costilla del hombre, no debe después de tantos siglos soportar las calumnias de los descendientes. Caín y Abel, los primeros de los primeros hombres, ¿de dónde tuvieron las almas? Todo el género humano en adelante, ¿con qué principios de almas se cuenta? ¿Acaso de la transmisión, como los animales brutos: que así como el cuerpo del cuerpo, así el alma se genera del alma? ¿O las criaturas racionales, por deseo de cuerpos, poco a poco descendieron a la tierra, finalmente incluso atadas a cuerpos humanos? O ciertamente (lo que es eclesiástico según las palabras del Salvador) Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo (Juan V, 17). Y aquello de Isaías: Que forma el espíritu del hombre en él. Y en los Salmos: Que forma por separado los corazones de ellos (Sal. XXXII, 15), Dios fabrica diariamente almas: cuyo querer es hacer, y no cesa de ser creador. Sé lo que soléis decir contra esto, y proponernos adulterios e incestos; lo cual es una lucha más larga, y no permite las estrecheces de este tiempo. La misma controversia puede volverse contra vosotros: y cualquier cosa que parezca indigna en el Creador del tiempo presente, esto también, dado por él, no es indigno.

Nacer de adulterio, no es culpa de quien nace, sino de quien engendra. Así como en las semillas no peca la tierra que las nutre, ni la semilla que se siembra en los surcos, ni la humedad y el calor, con los que los granos templados brotan en germen (sino, por ejemplo, el ladrón y el bandido que con fraude y violencia roba las semillas), así en la generación de los hombres la tierra, es decir, el útero, recibe lo que es suyo; y lo recibido lo nutre, lo nutrido lo corporiza, lo corporizado lo distingue en miembros. Y entre esas secretas estrecheces del vientre, la mano de Dios siempre trabaja: y es el mismo Creador del cuerpo y del alma. No desprecies la bondad de tu alfarero, que te formó, y te hizo como quiso. Él es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios que en el vientre de la Virgen se edificó una casa para sí. Jefté, contado entre los hombres santos por la voz del Apóstol, es hijo de una prostituta. Pero escucha, de Rebeca e Isaac, Esaú, nacido, velludo, tanto de mente como de cuerpo, como buen trigo degenera en cizaña y avena: porque no en las semillas, sino en la voluntad del que nace, está la causa de los vicios y las virtudes. Si es ofensivo nacer en cuerpos humanos, ¿cómo Isaac (Gén. XVIII), Sansón (Jueces XIII), Juan Bautista (Luc. I), nacen de la promesa? ¿Entiendes qué es profesar audaz y libremente tu fe? Supón que me equivoco, digo abiertamente lo que siento. Y tú, por tanto, o profesa libremente lo nuestro, o habla constantemente lo tuyo. No te pongas en mi línea, para que simulando rusticidad tengas seguro, cuando quieras, apuñalar por la espalda al que lucha. No es el momento de escribir contra los dogmas de Orígenes: dedicaremos esto a otra obra, si Cristo da vida. Ahora se pregunta si el acusado ha respondido a lo interrogado, y si su respuesta es simple y abierta.

23. Habla con el temor de Dios y desea ser escuchado. Confesión de Juan.---Pasemos ahora a la famosísima cuestión sobre la resurrección de la carne y del cuerpo, en la cual nuevamente quiero advertirte, lector, que hablo con el temor y juicio de Dios, y que debes escucharme. Pues no soy tan necio como para, si en la exposición de aquello la fe es pura y no hay sospecha de perfidia, buscar una ocasión para acusar; y mientras deseo señalar la culpa de otro, yo mismo ser señalado por calumnia. Lee, pues, sobre la resurrección de la carne lo que sigue; y cuando lo hayas leído, y te haya agradado (pues sé que agradará a los ignorantes), suspende el juicio, espera un poco, hasta el final de nuestra respuesta retén tu sentencia: y si después te agrada, entonces nos señalarás por calumnia. «También confesamos su pasión en la cruz, su muerte y sepultura, que todo lo guardó, y su resurrección en verdad, y no de manera ilusoria: quien (Colos. XVIII) es el primogénito de los muertos, las primicias de la masa de nuestros cuerpos, que resucitó de la tumba, las llevó al cielo, dándonos la esperanza de la resurrección en la resurrección de su propio cuerpo: de donde todos esperamos resucitar de los muertos, como él resucitó. No en otros cuerpos extraños y ajenos, que se asumen en fantasía: sino como él en aquel cuerpo, que resucitó entre nosotros en el santo sepulcro: así también nosotros en los mismos cuerpos, con los que ahora estamos rodeados, y en los que ahora somos sepultados, esperamos resucitar de la misma manera y visión. Porque lo que según el Apóstol se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción: lo que se siembra en ignominia, resucitará en gloria. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual (I Cor. XV, 42): de los cuales también el Salvador enseñando habló: Porque los que sean dignos de aquel siglo, y de la resurrección de los muertos, ni se casarán ni se darán en matrimonio: porque ya no podrán morir: sino que serán como los Ángeles de Dios: siendo hijos de la resurrección (Luc. XX, 35, 36).

24. Nuevamente en otra parte de la Epístola, es decir, al final de sus tratados, para engañar los oídos de los ignorantes, equilibró el estruendo de la resurrección y la pompa con esta ambigüedad de palabras: «Pero tampoco omitimos el segundo glorioso advenimiento de nuestro Señor Jesucristo, que vendrá en su gloria a juzgar a vivos y muertos: pues él mismo resucitará a todos los muertos, y los hará estar ante su tribunal, y a cada uno le dará según lo

que haya hecho por el cuerpo, sea bueno o malo; es decir, o será coronado en el cuerpo, que obró castamente y justamente; o será condenado, que sirvió a los placeres y a las iniquidades.» Esto que leemos en el Evangelio: En la consumación del mundo, si es posible, seducir incluso a los elegidos (Mat. XXIV), lo comprobamos en este capítulo. El vulgo indocto escucha muertos y sepultados: escucha la resurrección de los muertos, en verdad y no de manera ilusoria: escucha que las primicias de la masa de nuestros cuerpos, en el cuerpo del Señor han llegado a los cielos: escucha que resucitarán, no en cuerpos extraños y ajenos, que se asumen en fantasía, sino como el Señor resucitó en el cuerpo, que yacía entre nosotros en el santo sepulcro: así también nosotros en los mismos cuerpos, con los que ahora estamos rodeados y sepultados, resucitaremos en el día del juicio. Y para que nadie piense que esto es poco, añade en el último capítulo: «Y a cada uno le dará según lo que haya hecho por el cuerpo, sea bueno o malo: es decir, o será coronado en el cuerpo que obró castamente y justamente: o será condenado, que sirvió a los placeres y a las iniquidades.» Al escuchar esto, el vulgo indocto, en tanto estruendo de muertos, de cuerpo sepultado, de resurrección, no sospecha de ninguna trampa, de ninguna insidia. Cree que es lo que se dice. Pues los oídos del pueblo son más santos que el ánimo del sacerdote.

25. Una y otra vez, lector, te recuerdo que mantengas la paciencia, y aprendas lo que yo también aprendí con paciencia; y sin embargo, antes de que desvele el rostro del dragón, y exponga brevemente el dogma de Orígenes sobre la resurrección (pues no podrás conocer la fuerza del antídoto, a menos que examines los venenos), observa diligentemente y, releendo con cautela, cuenta: que al nombrar nueve veces la resurrección del cuerpo, ni una sola vez insertó la carne: y te sea sospechoso lo que omitió deliberadamente. Dice, pues, Orígenes en muchos lugares, y especialmente en el cuarto libro sobre la Resurrección, y en la Exposición del primer salmo, y en los Stromata, que hay un doble error en la Iglesia; de los nuestros, y de los herejes: «Nosotros, los simples y amantes de la carne, decimos que los mismos huesos, y sangre, y carne, es decir, el rostro y los miembros, y toda la estructura del cuerpo resucitará en el último día: es decir, que caminaremos con los pies, trabajaremos con las manos, veremos con los ojos, escucharemos con los oídos, y llevaremos un vientre insaciable, y un estómago que digiere alimentos. Y es consecuente que quienes creemos esto, digamos que también debemos comer y beber, digerir excrementos, expulsar humor, tomar esposas, procrear hijos. Pues, ¿para qué los miembros genitales, si no habrá matrimonios? ¿Para qué los dientes, si no hay alimentos que moler? ¿Para qué el vientre y los alimentos si, según el Apóstol, tanto esto como aquello serán destruidos? clamando nuevamente: La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios, ni la corrupción heredará la incorrupción (I Cor. I, 15).» Esto nos atribuye decir a nosotros, inocentes y rústicos. «A los herejes, en cuya parte están Marción, Apeles, Valentín, Manes, nombre de locura, niegan completamente la resurrección de la carne y del cuerpo: y otorgan la salvación solo al alma, y en vano decimos que resucitaremos a ejemplo del Señor, cuando el mismo Señor también resucitó en fantasía: y no solo su resurrección, sino también su nacimiento fue visto más en apariencia, que fue. Pero a él le desagrada ambas opiniones, huye de las carnes de los nuestros, y de las fantasías de los herejes: porque ambas partes son demasiado extremas; unos queriendo ser lo mismo que fueron [Al. no serán]; otros negando completamente la resurrección de los cuerpos. Cuatro, dice, son los elementos, conocidos también por los filósofos y médicos, de los cuales todas las cosas y los cuerpos humanos están compuestos, tierra, agua, aire, y fuego. La tierra se entiende en las carnes, el aire en el aliento, el agua en el humor, el fuego en el calor. Cuando, pues, el alma haya dejado este cuerpo caduco y frío por mandato de Dios, poco a poco todo regresa a sus sustancias matrices: las carnes se descomponen en tierra, el aliento se mezcla con el aire, el humor regresa a los abismos, el calor vuela al éter. Y como si vertieras un sextario de leche y vino en el mar, y quisieras separar nuevamente lo que se mezcló: el vino y

la leche que vertiste no perecen [Al. perecieron], pero no pueden separarse lo que se vertió: así la sustancia de la carne y la sangre no perece en las materias originales, pero no puede regresar a la antigua estructura, ni puede ser completamente lo mismo que fue.» Cuando se dicen estas cosas, se niega la solidez de las carnes, el líquido de la sangre, la grosura de los nervios, la complejidad de las venas, y la dureza de los huesos.

26. Sentencia de Orígenes.---«Confesamos la resurrección de los cuerpos de otra manera, de aquellos que fueron puestos en los sepulcros, y se descompusieron en cenizas: de Pablo Pablo, y de Pedro Pedro, y de cada uno de cada uno, pues no es lícito que en otros cuerpos las almas hayan pecado, y en otros sean atormentadas: ni es de justo juez, que otros cuerpos derramen sangre por Cristo, y otros sean coronados.» ¿Quién al escuchar esto, pensaría que él niega la resurrección de la carne? «Y, dice, en cada semilla hay una cierta razón implantada por Dios el artífice, que retiene las futuras materias en los principios de la médula. Y como la gran magnitud del árbol, el tronco, las ramas, los frutos, las hojas no se ven en la semilla, sin embargo, están en la razón de la semilla, que los griegos llaman λόγον σπερματικόν: y en el grano de trigo hay internamente o médula, o venilla, que cuando ha sido disuelta en la tierra, atrae a sí las materias vecinas, y se eleva en tallo, hojas, y espigas: una cosa muere, y otra resucita. Pues en el grano de trigo, no están disueltas las raíces, el tallo, las hojas, las espigas, las pajas: así también en la razón de los cuerpos humanos permanecen ciertos antiguos principios de resurgir, y como ἐντερίων [Al. ἀννερίαν], es decir, semillero de los muertos, se conserva en el seno de la tierra. Pero cuando llegue el día del juicio, y en la voz del Arcángel, y en la última trompeta la tierra tiemble, las semillas se moverán de inmediato, y en un instante de hora germinarán los muertos: sin embargo, no restaurarán las mismas carnes, ni en las formas que fueron. ¿Quieres saber que lo que decimos es verdad, escucha al Apóstol: Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿con qué cuerpo vendrán? Necio, lo que tú siembras, no siembras el cuerpo que ha de ser, sino el grano desnudo; como de trigo, de vid y de árbol (I Cor. XV, 36, 37). Y porque ya hemos dicho en parte sobre el grano de trigo y la semilla de los árboles, ahora hablemos sobre el grano de la uva. El grano es pequeño, de modo que apenas puede ser sostenido con dos dedos. ¿Dónde están las raíces? ¿dónde la complejidad tortuosa de las raíces y el tronco y las vides? ¿Dónde la sombra de las hojas, y la belleza de las uvas, que engendra futuros vinos? Es seco lo que se sostiene, y apenas se ve: pero en ese grano seco, por el poder de Dios, y la razón oculta de la semilla, se verterán mostos espumosos. Esto lo atribuyes al árbol, no lo atribuyes al hombre: lo que perecerá, así se adorna: lo que permanecerá, no recibirá su antigua vileza. ¿Y quieres nuevamente carne, huesos, sangre, miembros, para que al crecer el cabello necesites un barbero, la nariz digiera mucosidades, los crecimientos de las uñas deban ser cortados, para que por las partes inferiores fluyan excrementos o lujurias? Si traes estas necedades de los rústicos, y olvidas la carne, en la cual no podemos agradar a Dios, como enemiga, y la resurrección de los muertos: Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonor, resucitará en gloria. Se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual (I Cor. XLII, 34). Ahora vemos con los ojos, escuchamos con los oídos, actuamos con las manos, caminamos con los pies. Pero en aquel cuerpo espiritual veremos totalmente, escucharemos totalmente, actuaremos totalmente, caminaremos totalmente: y el Señor transfigurará el cuerpo de nuestra humildad, conforme al cuerpo de su gloria. Cuando dijo transfigurará (Filip. XXI), es decir, μετασχηματίσει, se niega la diversidad de miembros que ahora usamos. Se nos promete otro cuerpo espiritual y etéreo: que no está sujeto al tacto, ni se ve con los ojos, ni se pesa: y se cambiará según la variedad de los lugares en los que estará. De lo contrario, si serán las mismas carnes, y los cuerpos que fueron, nuevamente hombres y mujeres, nuevamente matrimonios; a los hombres cejas hirsutas, barba larga; a las mujeres mejillas suaves, y pechos estrechos, el vientre y los muslos deben dilatarse para

concebir y parir hijos. También resucitarán los niños, resucitarán los ancianos: aquellos deben ser alimentados, estos sostenidos con bastones. Y no os engañe, oh simples, la resurrección del Señor, porque mostró el costado y las manos, estuvo en la orilla, caminó en el camino con Cleofás, y dijo tener carne y huesos. Ese cuerpo tiene otros privilegios, que no nació de la semilla del hombre, ni del placer de la carne. Comió después de su resurrección y bebió, y apareció vestido, se ofreció a ser tocado, para hacer creer a los apóstoles dudosos en la resurrección. Pero sin embargo, no disimula la naturaleza del cuerpo aéreo y espiritual. Pues entra con las puertas cerradas, y en la fracción del pan desaparece de los ojos. ¿Entonces también nosotros después de la resurrección beberemos y comeremos, y después de la comida excretaremos? ¿Y dónde estará aquella promesa: Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción (I Cor. XV, 53)?»

27. La carne y el cuerpo difieren. Astucia de los herejes.---Esta es toda la causa, por la cual en la exposición de tu fe, para engañar los oídos de los ignorantes, nombras nueve veces el cuerpo, y ni una sola vez la carne: mientras los hombres piensan que confiesas las carnes en los cuerpos, y que lo mismo es carne que cuerpo. Si es lo mismo, no significa algo diferente. Pues sé que dirás esto: Pensé que el cuerpo era lo mismo que la carne: hablé simplemente. ¿Por qué no nombras más bien la carne, para significar el cuerpo, e indiferentemente ahora carne, ahora cuerpo, para que el cuerpo se demuestre en la carne, y la carne en el cuerpo? Pero créeme, tu silencio no es simple. Pues la definición de carne es una, y la de cuerpo es otra: toda carne es cuerpo, no todo cuerpo es carne. La carne es propiamente, la que está unida por sangre, venas, huesos, y nervios. El cuerpo aunque también se llama carne, sin embargo, a veces se nombra etéreo, o aéreo, que no está sujeto al tacto ni a la vista, y a menudo es visible y tangible. La pared es cuerpo, pero no carne: la piedra es cuerpo, pero no se llama carne. De donde el Apóstol llama cuerpos celestiales, y cuerpos terrestres. Cuerpo celestial del sol, la luna, las estrellas. Terrestre, del fuego, el aire, el agua, la tierra, y de los demás, que sin alma se cuentan entre estos elementos. Ves que entendemos vuestras sutilezas, y los secretos que habláis en las cámaras y entre los perfectos, y que el pueblo que está afuera, ni merece escuchar, los sacamos a la luz? Esto es lo que, llevando la mano a la oreja, y chasqueando los dedos, decís riendo: Toda la gloria de la hija del rey es interior (Sal. XLIV, 14). Y el rey me introdujo en su cámara (Cant. I, 3). Está claro por qué dices resurrección del cuerpo, y no de la carne: para que nosotros, rústicos, pensemos que dices carne en el cuerpo, y los que son perfectos, entiendan que se niega la carne en el cuerpo. Finalmente, el Apóstol en su Epístola a los Colosenses, queriendo demostrar que el cuerpo de Cristo es de carne, y no espiritual, aéreo, tenue, habló significativamente, diciendo: Y vosotros, cuando erais en otro tiempo extraños a Cristo, y enemigos de su mente en malas obras, os reconcilió en el cuerpo de su carne por la muerte (Colos. I, 21, 22). Y nuevamente en la misma Epístola: En el cual fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano en la despojo del cuerpo de la carne (Colos. II, 11). Si el cuerpo significa solo carne, y no es un nombre ambiguo, ni puede ser llevado a diferentes entendimientos: es completamente superfluo decir corporal y carnal, como si la carne no se entendiera en el cuerpo.

28. Símbolo de la fe transmitido por los Apóstoles.---En el Símbolo de la fe y de nuestra esperanza, que fue transmitido por los Apóstoles, no se escribe en papel y tinta; sino en tablas de corazones carnales, después de la confesión de la Trinidad y la unidad de la Iglesia, todo el sacramento del dogma cristiano, se concluye con la resurrección de la carne. Y tú hasta tal punto te detienes en el cuerpo, y nuevamente en el cuerpo, y por tercera vez en el cuerpo, y hasta nueve veces en el cuerpo, ya sea en palabra o en número, y ni una sola vez nombras la carne; lo que ellos siempre nombran carne, y callan el cuerpo. Pero también aquello que astutamente añades, y prudentemente disimulas, sé que lo entendemos. Pues pruebas la

verdad de la resurrección con estos testimonios, con los que Orígenes niega, y confirmando lo incierto con lo dudoso, derribas la casa cierta de la fe, con una tempestad repentina. Se siembra, dice, cuerpo animal: resucitará cuerpo espiritual. Pues no se casarán, ni se darán en matrimonio; sino que serán como los ángeles en los cielos (I Cor. 15, 44; Mat. XXII, 30; y Luc. XX, 35). ¿Qué otros ejemplos tomarías, si negaras la resurrección? Quieres confesar la resurrección de la carne, en verdad y no de manera ilusoria, como dices. Después de aquello, con lo que has halagado los oídos de los ignorantes, que resucitaremos en los mismos cuerpos, en los que morimos y fuimos sepultados, añade esto más bien, y di: Como el Señor después de la resurrección mostró las marcas de los clavos en las manos, mostró la herida de la lanza en el costado, y a los apóstoles dudosos, que pensaban ver un fantasma, respondió, Palpadme y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como me veis tener (Luc. XXIV, 39), y propiamente a Tomás: Mete tu dedo en mis manos, y tu mano en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel (Juan XX, 27); así también nosotros después de la resurrección tendremos los mismos miembros, que ahora usamos, las mismas carnes y sangre y huesos: cuyas obras en las Escrituras santas se condenan, no la naturaleza. Finalmente, en Génesis está escrito: No permanecerá mi Espíritu en estos hombres, porque son carne (Gen. VI, 3). Y el Apóstol Pablo sobre la doctrina perversa y las obras de los judíos: No consulté, dice, con carne y sangre (Gal. I, 16). Y a los Santos, que ciertamente estaban en la carne, dice: Pero vosotros no estáis en la carne; sino en el espíritu: si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros (Rom. VIII, 9). Pues negando que están en la carne, a quienes consta que están en la carne, no condenaba la sustancia de la carne, sino los pecados.

29. Verdadera confesión de la resurrección. Elías y Enoc.---Esta es la verdadera confesión de la resurrección, que otorga gloria a la carne sin quitarle la verdad. Lo que dice el Apóstol, que esto corruptible y mortal (I Cor. XV), muestra este mismo cuerpo, es decir, la carne que entonces se veía. Pero al añadir que se vestirá de incorrupción e inmortalidad, no dice que el adorno que embellece en gloria abolirá el cuerpo, sino que lo que antes era sin gloria se hará glorioso; para que, despojados de la vestidura vil de la mortalidad y debilidad, nos revistamos con el oro de la inmortalidad y, por así decirlo, con la bienaventuranza de la firmeza y la virtud; deseando no ser despojados de la carne, sino revestidos en gloria, y anhelando que nuestra morada celestial se nos imponga, para que lo mortal sea devorado por la vida. Ciertamente, nadie es revestido si no ha estado antes vestido. Así también nuestro Señor fue transfigurado en el monte en gloria (Mat. XVII, y Marc. IX), no para perder manos y pies y los demás miembros, y de repente girar en la redondez del sol o de una esfera, sino para que los mismos miembros, resplandecientes con el brillo del sol, deslumbraran los ojos de los apóstoles: de ahí que sus vestiduras se transformaron en blancura, no en aire; no sea que también afirmes que sus vestiduras eran espirituales: Y su rostro, dice, resplandecía como el sol (Mat. IX, 2). Donde se menciona el rostro, estimo que también se vieron los demás miembros. Enoc fue trasladado en carne. Elías fue arrebatado en carne al cielo (Gén. V, 4; Reg. II): aún no muertos, y ya colonos del paraíso, tienen los miembros con los que fueron arrebatados y trasladados. Lo que nosotros imitamos con el ayuno, ellos lo poseen con la compañía de Dios. Se alimentan del pan celestial y se sacian de toda palabra de Dios, teniendo al mismo Señor, que es también su alimento. Escucha al Salvador diciendo: Y mi carne descansa en esperanza (Sal. XV, 9). Y en otro lugar: Su carne no vio corrupción (Hech. II, 31). Y de nuevo: Toda carne verá la salvación de Dios (Is. XL, 5). ¿Y tú siempre repites el cuerpo? Más bien, menciona a Ezequiel, quien uniendo huesos con huesos y sacándolos de sus sepulcros, y haciéndolos estar sobre sus pies, los ata con carne y nervios, y los cubre con piel (Ezeq. XXXVII).

30. Job, atleta de la Iglesia antes de Cristo. Job parece escribir contra el futuro Orígenes.--- Que Job, vencedor de los tormentos, y rascando con un tiesto la podredumbre de su carne, consuele sus miserias con la esperanza y la verdad de la resurrección: ¿Quién me diera, dice, que se escribieran mis palabras? ¿Quién me diera que se grabaran en un libro con un estilo de hierro, y en una lámina de plomo, o se esculpieran en la roca? Porque sé que mi Redentor vive, y que al final del día me levantaré de la tierra, y de nuevo seré rodeado de mi piel, y en mi carne veré a Dios: a quien veré yo mismo, y mis ojos lo contemplarán, y no otro. Esta esperanza está guardada en mi seno (Job XIX, 23 y ss.). ¿Qué hay más claro que esta profecía? Nadie habla tan abiertamente después de Cristo sobre la resurrección como este antes de Cristo. Desea que sus palabras perduren para siempre: y para que no puedan ser borradas por el tiempo, quiere que se graben en una lámina de plomo y se esculpan en la roca. Espera la resurrección, más aún, sabe y ha visto que Cristo, su redentor, vive, y que al final del día resucitará de la tierra. Aún no había muerto el Señor, y el Atleta de la Iglesia veía a su redentor resurgiendo de los infiernos. Lo que añade: Y de nuevo seré rodeado de mi piel, y en mi carne veré a Dios, creo que no lo dice como amante de las carnes, que veía podridas y malolientes; sino que, con la confianza de resucitar, desprecia lo presente, consolado por lo futuro. De nuevo dice: Seré rodeado de mi piel. ¿Dónde está aquí el cuerpo etéreo? ¿Dónde el aéreo, semejante al espíritu y al aire? Ciertamente, donde hay piel y carne, donde hay huesos y nervios, y sangre y venas, allí está la estructura de la carne, allí la propiedad del sexo. Y en mi carne, dice, veré a Dios. Cuando toda carne vea la salvación de Dios, y a Jesús Dios, entonces también yo veré al Redentor y Salvador, y a mi Dios. Pero lo veré en esta carne, que ahora me atormenta, que ahora destila de dolor. Por eso veré a Dios en la carne, porque con su resurrección ha sanado todas mis debilidades. ¿No te parece que ya entonces Job escribía contra Orígenes, y que por la verdad de la carne, en la que soportó tormentos, tenía otra lucha contra los herejes? Pues se duele si tanto ha sufrido en vano, y si, resucitando otra espiritualmente, esta ha sido atormentada carnalmente. Por eso insiste y exagera, y concluye todos los secretos de la confesión resbaladiza con voz clara, diciendo: A quien veré yo mismo, y mis ojos lo contemplarán, y no otro. Si no ha de resucitar con su propio sexo, si no con los mismos miembros que yacieron en el estiércol, si no ha de abrir los mismos ojos para ver a Dios, con los que entonces veía los gusanos, ¿dónde estará entonces Job? Quitas aquello en lo que Job se sostuvo, y me das un vacío nombre de resucitado: como si quisieras que un barco restaurado después de un naufragio, y niegas cada una de las partes de las que se construye el barco.

31. En qué consiste la verdad de la resurrección. En qué consiste la semejanza prometida con los ángeles.---Yo hablaré libremente, y aunque torzáis el rostro, tiréis del cabello, aplaudáis con el pie, busquéis las piedras de los judíos, confesaré abiertamente la fe de la Iglesia. La verdad de la resurrección no puede entenderse sin carne y huesos, sin sangre y miembros. Donde hay carne y huesos, y sangre y miembros, es necesario que haya diversidad de sexos. Donde hay diversidad de sexos, allí Juan es Juan, María es María. No temas las nupcias de aquellos que incluso antes de la muerte vivieron en su sexo sin obra de sexo. Cuando se dice: En aquel día no se casarán ni se darán en matrimonio (Mat. XXII, 30), se dice de aquellos que pueden casarse, y sin embargo no se casarán. Pues nadie dice de los ángeles: No se casarán ni se darán en matrimonio. Yo nunca he oído que se celebren nupcias de Virtudes espirituales en el cielo: pero donde hay sexo, allí hay hombre y mujer. Por eso, aunque no quieras, obligado por la verdad, has confesado y dicho: «O será coronado en el cuerpo, que vivió castamente y justamente, o será condenado en el cuerpo, que sirvió a los placeres y a la iniquidad.» Quita el cuerpo y pon la carne, y no has negado al hombre y a la mujer. Pues ¿quién vive con la gloria de la castidad que no tiene sexo, por el cual pudo cometerse la impudicia? Pues ¿quién ha coronado jamás a una piedra, porque permaneció virgen? Se nos

promete la semejanza con los ángeles, es decir, aquella bienaventuranza, en la que los ángeles están sin carne y sexo, se nos dará a nosotros en nuestra carne y sexo. Mi rusticidad así lo cree, y así entiende confesar el sexo sin las obras de los sexos: que los hombres resuciten, y así sean igualados a los ángeles. Ni parecerá inmediatamente superflua la resurrección de los miembros, que carecerán de su oficio; cuando aún en esta vida, nos esforzamos por no cumplir las obras de los miembros. La semejanza con los ángeles no es una transformación de hombres en ángeles, sino un progreso de inmortalidad y gloria.

32. Enoc y Elías de nuevo.---Esos argumentos de niños y bebés, y de ancianos, y de alimentos, y de excrementos, que usas contra las Iglesias, no son tuyos: han manado de la fuente de los gentiles. Pues los mismos nos oponen los paganos. Tú que te dices cristiano, depón las armas de los gentiles. Que ellos aprendan más bien de ti a confesar la resurrección de la carne, que tú de ellos a negarla. O si también tú eres del número de los enemigos, muéstrate libremente adversario, para que recibas las heridas de los paganos. Te concedo tus nodrizas, para que los niños no lloren; te concedo a los ancianos decrepitos, para que no se encojan con el frío invernal. En vano también los barberos aprendieron su oficio, sabiendo que el pueblo israelita durante cuarenta años, no sintió el crecimiento de uñas ni de cabellos: y lo que es más grande, no se desgastaron sus vestiduras; ni se envejecieron sus calzados. Enoc y Elías, de quienes hablamos antes, permanecen tanto tiempo en la misma edad en la que fueron arrebatados. Tienen dientes, vientre, genitales, y sin embargo no necesitan ni de alimentos ni de esposas. ¿Por qué calumnias el poder de Dios? quien puede de esa médula y de tu semilla, ἐντερίῳνῃ, no solo sacar carne de carne, sino formar un cuerpo, y hacer uno de otro; y de agua, es decir, de la vileza de la carne, transformar preciosos vinos de cuerpo aéreo: puede ciertamente con el mismo poder, con el que de la nada fabricó todo, devolver lo que fue: porque es mucho menos restituir lo que fue, que hacer lo que no fue. ¿Te asombras si de niños y ancianos la resurrección se hace a la edad de un hombre perfecto, cuando del barro de la tierra sin ningún incremento de edades, se hizo un hombre completo? La costilla se transforma en mujer; y de la tercera manera de la condición humana, los elementos viles y vergonzosos de nuestro nacimiento se transforman en carne: se ligan a los miembros, corren por las venas, se endurecen en los huesos. ¿Quieres oír también el cuarto modo de generación humana? El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso lo que nacerá de ti santo, será llamado Hijo de Dios (Luc. I, 35). De una manera Adán, de otra Eva, de otra Abel, de otra el hombre Jesucristo. Y en todos los diversos comienzos, una naturaleza humana no difiere.

33. Testimonios que prueban la verdadera resurrección. Qué significa el término resurrección.---Si quisiera probar la resurrección de la carne, y de todos los miembros, y añadir explicaciones a cada testimonio, necesitaría muchos libros: pero la presente causa no lo requiere. Pues he propuesto no responder a Orígenes en todo, sino revelar los misterios de la satisfacción fraudulenta. Sin embargo, porque he sido extenso en la afirmación contraria, y temo que mientras me esfuerzo por descubrir los fraudes, deje escándalo al lector, pondré los testimonios en masa, y los tocaré brevemente, para que luchemos con todo el peso de las Escrituras contra la argumentación venenosa. Quien no tiene vestido nupcial, ni ha guardado aquel mandamiento: Que tus vestiduras sean siempre blancas (Mat. XII, 13), es atado de manos y pies, para que no se recueste en el banquete, se siente en el trono, esté a la derecha de Dios; es enviado al infierno, donde hay llanto de ojos, y crujir de dientes (Mat. XXII). Los cabellos de vuestra cabeza están contados (Luc. XII, 7). Si los cabellos, creo que más fácilmente los dientes. En vano están contados, si alguna vez han de perecer. Vendrá la hora, en la que todos los que están en los sepulcros, oirán la voz del Hijo de Dios, y saldrán (Juan V, 25). Oirán con los oídos, saldrán con los pies. Esto ya lo había hecho Lázaro antes.

Saldrán de los sepulcros, es decir, los que fueron llevados a los sepulcros, vendrán los muertos, y resucitarán de sus sepulcros. Pues el rocío que es de Dios, es medicina para sus huesos. Entonces se cumplirá lo que el Señor habla por el Profeta: Pueblo mío, entra en tus cámaras por un momento, hasta que pase mi ira (Is. XXVI, 20, según LXX). Las cámaras significan los sepulcros, de los cuales ciertamente se saca lo que fue depositado. Y saldrán de sus sepulcros, como ciervos liberados de sus ataduras. Se alegrará su corazón, y sus huesos resplandecerán como el sol: vendrá toda carne ante el Señor, y mandará a los peces del mar, y vomitarán los huesos que comieron, y hará que se unan hueso a hueso: y los que duermen en el polvo de la tierra, resucitarán: unos para vida eterna, otros para oprobio y confusión eterna (Dan. XII, 2). Entonces verán los justos las penas y tormentos de los impíos: porque su gusano no morirá, y su fuego no se apagará, y serán ante toda carne (Is. LXVI, 24). Por tanto, todos los que tenemos esta esperanza, así como presentamos nuestros miembros como esclavos de la inmundicia, y de la iniquidad para la iniquidad, así presentémoslos como esclavos de la justicia para la santificación: para que resucitando de los muertos, caminemos en novedad de vida (Rom. VI, 19). Como también la vida del Señor Jesús se manifiesta en nuestro cuerpo mortal: y quien resucitó a Jesucristo de los muertos, vivificará también nuestros cuerpos mortales, por su espíritu que habita en nosotros (II Cor. IV, 14). Pues es justo, que quienes siempre llevamos en nuestro cuerpo la mortificación de Cristo, también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo mortal, es decir, en la carne mortal según la naturaleza, pero eterna según la gracia. También Esteban vio a Jesús de pie a la derecha del Padre (Hech. VII), y la mano de Moisés se transformó en blancura de nieve, y luego fue restaurada a su color original (Éxod. IV). En ambas diversidades fue mano. Aquel alfarero de Jeremías, cuyo vaso se rompió por la dureza de las piedras, de la misma masa y del mismo barro restauró lo que había caído (Jer. XVIII): Pero el mismo término resurrección significa que no cae una cosa y se levanta otra: y lo que se añade, de los muertos, demuestra la carne propia: pues lo que muere en el hombre, eso mismo es vivificado. Aquel herido en el camino de Jericó es llevado entero al albergue, y las heridas de los pecados son sanadas con inmortalidad (Luc. X).

34. La verdad de la resurrección probada durante cuarenta días. ¿Por qué Cristo comió después de la resurrección? Error y blasfemia de Marción. Apolonio de Tiana ante Domiciano.---También se abrieron las tumbas en la pasión del Señor, cuando el sol huyó, la tierra tembló, y muchos cuerpos de los Santos resucitaron y fueron vistos en la ciudad santa (Mat. XXVII). ¿Quién es, dice Isaías, el que viene de Edom, con vestiduras resplandecientes de Bosra, tan hermoso en su manto blanco? (Isa. LXIII, 1, según los LXX). Edom se interpreta como terrenal o sangriento. Bosra, como carne o en tribulación. Con pocas palabras demuestra todo el misterio de la resurrección, es decir, la verdad de la carne y el aumento de la gloria. Y el sentido es: ¿Quién es este que sube de la tierra, sube de la sangre? (Gen. XLIX, Isa. LXIII). Cuyas vestiduras, según la profecía de Jacob, que ató su pollino a la vid y pisó el lagar solo, están rojas de mosto de Bosra, es decir, de la carne o de la tribulación del mundo (Juan XVI): pues él venció al mundo. Por eso sus vestiduras son rojas y resplandecientes; porque es hermoso en su forma más que los hijos de los hombres (Sal. XLIV): y por la gloria del triunfante se han cambiado en un manto blanco; y entonces verdaderamente de la carne de Cristo se ha cumplido: ¿Quién es esta que sube blanqueada, apoyada en su amado? Y lo que en el mismo libro se escribe: Mi amado es rubio y blanco (Cant. VIII, 5; V, 10). A este imitan, los que no han manchado sus vestiduras con mujeres (Apoc. III); pues permanecieron vírgenes los que se castraron por el reino de los cielos. Así que estarán en vestiduras blancas. En ese tiempo se mostrará cumplida la sentencia del Señor. Todo lo que el Padre me ha dado, no perderé nada de ello, sino que lo resucitaré en el último día (Juan VI, 39). Todo el hombre,

a quien todo recibió al nacer. Entonces la oveja que se había perdido, y vagaba en los lugares inferiores, será llevada toda sobre los hombros del Salvador: y la que estaba enferma por los pecados, será sostenida por la clemencia del juez (Luc. XV). Entonces verán a aquel a quien traspasaron, quienes clamaron: Crucifícalo, crucifícalo (Juan XIX, 6). Tribu tras tribu golpearán sus pechos, ellos y sus mujeres. Aquellas mujeres, a quienes el Señor habló llevando la cruz: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras y por vuestros hijos (Luc. XXIII, 28). Entonces se cumplirá la profecía de los ángeles, que hablaron a los apóstoles asombrados: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo (Hech. I, 11). ¿Cómo es, entonces, que se diga que el Señor comió durante cuarenta días después de la resurrección con los apóstoles, para que no se pensara que era un fantasma (Ibid.); y que esto mismo que comió, se vio en carne y miembros, para confirmar en un fantasma? O es verdad lo que se veía, o es falso. Si es verdad, entonces verdaderamente comió, y verdaderamente tuvo miembros. Pero si es falso, ¿cómo quiso mostrar cosas falsas para probar la verdad de la resurrección? Nadie prueba lo verdadero con lo falso. Entonces, dirás, ¿también nosotros comeremos después de la resurrección? No lo sé. Pues no está escrito: y sin embargo, si se pregunta, no creo que comeremos. Pues he leído que el reino de Dios no es comida ni bebida, prometiéndonos lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (Rom. 1). Moisés y Elías ayunaron cuarenta días y noches (Is. LXV, 4; Deut. IX). Esto no lo soporta la naturaleza humana, pero lo que es imposible para el hombre, no es imposible para Dios (III Reg. XIX). Así como quien predice el futuro, no importa si lo anuncia para dentro de diez años o cien, porque el conocimiento del futuro es uno: así quien puede ayunar cuarenta días y vivir, más bien no puede ayunar, sino que vive por el poder de Dios; y en el tiempo eterno podrá vivir sin comida ni bebida. ¿Por qué comió el Señor un panal? Para probar la resurrección; no para permitirte a ti la miel en tu boca. Pidió un pez asado en brasas, para confirmar a los apóstoles que dudaban, quienes no se atrevían a acercarse a él, porque pensaban que veían un espíritu, no un cuerpo (Juan XII). La hija del jefe de la sinagoga es resucitada, y recibe comida: Lázaro, muerto de cuatro días, resucita, y es presentado comiendo (Marc. V, Juan XI): no porque tuviera hambre en los infiernos, sino porque la dificultad de la obra requería la escrupulosidad de la fe. Así como mostró manos verdaderas y un costado verdadero: así verdaderamente comió con los discípulos: verdaderamente caminó con Cleofás: verdaderamente habló con los hombres: verdaderamente se reclinó en la cena: con verdaderas manos tomó el pan, lo bendijo, lo partió, y se lo dio a ellos. Pero el hecho de que desapareció de repente de sus ojos, es poder de Dios, no sombra ni fantasma. De lo contrario, también antes de la resurrección, cuando lo sacaron de Nazaret para precipitarlo desde el borde del monte, pasó por en medio de ellos, es decir, se escapó de sus manos. ¿Podemos decir, según Marción, que por eso su nacimiento fue en un fantasma, porque contra la naturaleza, quien era retenido, se escapó? ¿Lo que está permitido a los magos, no está permitido al Señor? Se escribe que Apolonio de Tiana, cuando estaba ante Domiciano en el consistorio, de repente desapareció. No igualéis el poder del Señor con los trucos de los magos, para que parezca que fue lo que no fue, y se piense que comió sin dientes, caminó sin pies, partió el pan sin manos, habló sin lengua, y mostró su costado sin costillas.

35. Y ¿cómo, dirás, no lo reconocían en el camino, si tenía el mismo cuerpo que antes? Escucha a la Escritura diciendo: Sus ojos estaban velados, para que no lo reconocieran (Luc. XXIV, 16). Y de nuevo: Se les abrieron los ojos, y lo reconocieron (Ibid. 31). ¿Acaso era otro cuando no lo reconocían, y otro cuando lo reconocieron? Ciertamente era uno y el mismo. Reconocer y no reconocer, fue cuestión de los ojos, no de quien era visto, aunque también fue de él. Pues él mantenía sus ojos, para que no lo reconocieran. Finalmente, para que sepas que el error que se movía en medio, no era del cuerpo del Señor, sino de los ojos cerrados: Se les

abrieron los ojos, dice, y lo reconocieron (Juan XX). Por eso también María Magdalena, mientras no reconocía a Jesús, y lo buscaba vivo entre los muertos, lo tomaba por el jardinero. Lo reconoce, y lo llama Señor. Después de la resurrección, Jesús estaba en la orilla, los discípulos en la barca. Mientras los demás no lo reconocían, el discípulo a quien Jesús amaba dice a Pedro: Es el Señor (Juan XXI, 12). Pues la virginidad reconoce primero el cuerpo virginal. Era el mismo, y no el mismo para todos. Y enseguida se añade: Y nadie se atrevía a preguntarle, ¿Quién eres tú? sabiendo que era el Señor. Nadie se atrevía, porque sabían que era Dios. Comían con él, porque veían al hombre y la carne, no porque uno fuera Dios y otro hombre, sino que uno y el mismo Hijo de Dios era reconocido como hombre, adorado como Dios. Ahora, ciertamente, debo filosofar, que nuestros sentidos son inciertos, y especialmente la vista. Algún Carneades debe ser despertado de entre los muertos, para que diga la verdad. El remo parece roto en el agua, los pórticos más angostos a lo lejos, los ángulos de las torres redondos a la distancia, los cuellos de las palomas cambian de color a cada giro. Cuando Rode anunció a Pedro, y decía a los apóstoles (Hech. XII): por la magnitud del peligro había escapado: no creen, sospechan un fantasma. Además, el hecho de que entró con las puertas cerradas, fue de la misma virtud que desaparecer de los ojos. Linceo (como dicen las fábulas) veía a través de la pared: ¿el Señor no podrá entrar con las puertas cerradas, a menos que sea un fantasma? Las águilas y los buitres sienten los cadáveres de ultramar. ¿El Salvador no verá a sus apóstoles, a menos que abra la puerta? Dime, agudísimo disputador, ¿qué es mayor, colgar tanta magnitud de tierra sobre la nada, y equilibrarla sobre las incertidumbres de las aguas: o que Dios pase por una puerta cerrada, y la criatura ceda al Creador? Lo que es mayor, lo concedes: lo que es menor, lo calumnias. Pedro camina sobre las aguas con un cuerpo pesado y sólido (Juan XX). La onda blanda no cede: la fe duda un poco, y enseguida el cuerpo entiende su naturaleza: para que sepamos que sobre las aguas no caminó el cuerpo, sino la fe.

36. Disputa de los marcionitas.--- Te ruego, que usas tantos argumentos contra la resurrección, que hables conmigo sencillamente. ¿Crees verdaderamente que el Señor resucitó, en el mismo cuerpo en que murió, en el que fue sepultado, o no lo crees? Si lo crees, ¿por qué propones estas cosas, por las cuales se niega la resurrección? Si no lo crees, ¿por qué alimentas así las almas de los ignorantes, y ventilas la resurrección con un nombre vano? escucha. Recientemente, alguien de la escuela de Marción: ¡Ay, dice, de aquel que resucitó en esta carne, y en estos huesos! El alma gozosa inmediatamente añadió: Porque hemos sido sepultados con él, y resucitado con Cristo por el bautismo (Rom. VI, 4). ¿Dices resurrección del alma, o de la carne? Respondí, no solo del alma, sino de la carne, que renace con el alma en el lavacro. ¿Y cómo perecerá, la que ha renacido en Cristo? Porque está escrito, dice: La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios (II Cor. XV). Atiende, te lo ruego, a lo que se dice, La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios. ¿Acaso no resucitarán? De ninguna manera; pero no heredarán. ¿Por qué no heredarán? Porque sigue, ni la corrupción heredará la incorrupción. Por tanto, no heredarán el reino de Dios, mientras permanezcan solo carne y sangre. Pero cuando lo corruptible se haya vestido de incorrupción, y lo mortal se haya vestido de inmortalidad (I Cor. XV, 53), y el barro de la carne se haya cocido en una vasija, la que antes era oprimida por el peso grave hacia la tierra, habiendo recibido las alas del espíritu y de la inmortalidad, no de la abolición, volará con nueva gloria al cielo; y entonces se cumplirá lo que está escrito: La muerte ha sido absorbida en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿dónde está, oh muerte, tu victoria? (Ose. XIII, 14; y I Cor. XV, 55).

37. Epístola de Juan a Teófilo. Metrópolis de Cesarea de Palestina: Antioquía de todo Oriente. Isidoro Presbítero.---Respondimos en un orden inapropiado sobre el estado de las almas y la resurrección de la carne: y omitiendo los principios de la Epístola, toda nuestra

disputa fue contra sus ilustres tratados. Pues preferimos hablar de las cosas de Dios, que de nuestras injurias. Si un hombre peca contra otro, rogarán por él al Señor. Pero si peca contra Dios, ¿quién intercederá por él? (I Reg. II, 25). Ahora, por el contrario, perseguimos con odio inmortal a nuestros adversarios sobre todo: extendemos una mano clemente a los que blasfeman contra Dios. Escribe una apología a Teófilo, obispo, cuyo comienzo es este: «Tú, como hombre de Dios, adornado con la gracia apostólica, sostienes el cuidado de todas las Iglesias, especialmente de la que está en Jerusalén, aunque tú mismo estás distraído por muchas preocupaciones de la Iglesia de Dios que está bajo ti.» Alaba la apariencia, la lleva a la persona de los príncipes. Tú que buscas las reglas eclesiásticas, y usas los cánones del concilio de Nicea, y te esfuerzas por usurpar clérigos ajenos, y que residen con sus obispos, respóndeme, ¿qué tiene que ver el obispo de Alejandría con Palestina? Si no me equivoco, allí se decreta que la metrópoli de Palestina es Cesarea, y de todo Oriente, Antioquía. O debiste referirlo al obispo de Cesarea, con quien, despreciando tu comunión, sabías que nos comunicábamos; o si el juicio debía buscarse de lejos, las cartas debían dirigirse a Antioquía. Pero sé por qué no quisiste enviar a Cesarea, ni a Antioquía. Sabías lo que evitabas, lo que eludías. Preferiste causar molestia a oídos ocupados, que rendir el debido honor a tu Metropolitano. Y no digo esto porque, aparte de las amistades, que generan sospecha, reprenda algo en la legación; sino porque debiste purgarte más ante los que preguntan y están presentes. «Enviaste al hombre más religioso de Dios, Isidoro presbítero, un hombre poderoso tanto por la dignidad de su porte y hábito, como por la inteligencia divina, para cuidar incluso de aquellos que están gravemente enfermos de ánimo; si tienen, sin embargo, sentido de su enfermedad. El hombre de Dios envía al hombre de Dios.» No hay diferencia entre presbítero y obispo; la misma dignidad del que envía y del enviado: esto es bastante torpe: naufragio, como se dice, en el puerto. Este Isidoro que es elevado al cielo con tus alabanzas, es infamado en Alejandría por lo mismo que tú en Jerusalén; de lo cual no parece haber venido como legado, sino como socio. De lo contrario, también las cartas escritas de su mano, que fueron dirigidas a nosotros tres meses antes de la legación, portadoras de error, fueron entregadas al presbítero Vicente, quien las retiene hasta hoy, en las cuales exhorta al líder de su ejército, para que permanezca firme sobre la roca de la fe, y no se aterrorice con nuestras tonterías. Promete que antes de que hubiera alguna sospecha de legación, vendría a Jerusalén, y que a su llegada todos los adversarios serían inmediatamente aplastados. Y entre otras cosas, usa también estas palabras: «Así como el humo se disuelve en el aire, y la cera se derrite ante la proximidad del fuego: así se disiparán los que siempre resisten a la fe eclesiástica, ahora intentan inquietar la misma fe a través de hombres simples.

38. Te ruego, lector, ¿quién te parece que es este que escribe antes de venir? ¿adversario o legado? Este es a quien podemos llamar piísimo o religiosísimo, y, para expresar la palabra en su palabra, deicola [θεοσεβέστατον]. Este es el hombre de inteligencia divina; tan poderoso, y con tanta dignidad de porte y hábito, que como un Hipócrates espiritual, podría mitigar la enfermedad de nuestras almas con su presencia, si quisiéramos someternos a su medicina. Que se cure con tal medicina, quien también ha acostumbrado a curar a otros. Para nosotros, esa inteligencia divina, por Cristo, es necesidad. Gustosamente languidecemos en nuestra rusticidad, para no aprender a ver impíamente con vuestro colirio. «De hecho, por la buena voluntad de tu santidad, como si hubiera sido llevada hasta el fin, rogamus al Señor en los lugares santos noche y día, para que le devuelva la recompensa perfecta, y le otorgue la corona de vida.» Agradeces correctamente; pues si no hubiera venido Isidoro, no habrías encontrado en toda Palestina un compañero tan fiel. Si él no te hubiera traído la ayuda prometida, estarías atrapado en la multitud de rústicos, que no podrían entender tu sabiduría. Esta misma apología, de la que ahora se habla, fue dictada con Isidoro presente y colaborando mucho, para que fuera el mismo dictador y portador de las cartas.

39. La llegada de Arquelao. La prudencia de San Epifanio.---«Cuando llegó aquí, y se acercó a nosotros en tres ocasiones, y pronunció palabras que contenían tanto la sabiduría divina como la inteligencia propia, no benefició a nadie, ni nadie le benefició a él.» Este que se dice que se acercó a nosotros tres veces, para conservar en su llegada el número místico, quien hablaba en nombre del mandato del obispo Teófilo, no quiso entregarnos las cartas que nos había enviado. Y cuando le dijimos: Si eres un enviado, entrega las cartas de tu misión: si no tienes cartas, ¿cómo probarás que eres un enviado? Respondió que tenía cartas para nosotros, pero que había sido juramentado por el obispo de Jerusalén para no entregárnoslas. He aquí la constancia del enviado, que para hacer la paz y excluir la sospecha de favoritismo hacia una parte, se mostró equitativo con ambos. Y como vino sin ungüento y no tenía las herramientas de los médicos, por eso su medicina no fue efectiva. Jerónimo y los que están con él, «tanto en secreto como en público, muy frecuentemente y bajo testimonio de juramento, le aseguraron que nunca habían tenido ninguna duda sobre nuestra fe, diciendo: De la misma manera que cuando nos comunicábamos con él, ahora tenemos el mismo sentimiento respecto a la fe.» Vean lo que hace la concordia de los dogmas. Isidoro, para significar esto, era su compañero, un hombre de Dios y presbítero muy devoto, un hombre poderoso, de sagrada y venerable presencia, y llamado el Hipócrates de los cristianos. Yo, pobre de mí, mientras me escondía en la soledad, de repente fui despojado por un gran pontífice, perdiendo el nombre de presbítero. Y sin embargo, este Jerónimo, con su turba harapienta y sus rebaños sucios, ¿qué se atrevió a responderle a aquel Isidoro fulminante? Pero no fuera que él no cediera y los aplastara con su presencia y la magnitud de su cuerpo, no una, ni tres, sino muy frecuentemente juraron que sabían que aquel de quien se trataba era ortodoxo, y que nunca lo habían tenido bajo sospecha de herejía. ¡Oh, mentira abierta y descarada! ¡Oh, testimonio a favor de uno mismo, no creído ni por Catón! Porque en la boca de dos o tres testigos se establece toda palabra (Deut. XXVII, 6; y Mat. XVIII, 16; y II Cor. XVI, 1). ¿Alguna vez se ha dicho, o se te ha mandado en algún lugar, que sin satisfacción de fe nos uniríamos a tu comunión? Cuando a través de un hombre muy elocuente y cristianísimo, el conde Arquelao, que era mediador de paz, se acordó un lugar de pacto, ¿no fue esto lo primero que se pidió, que la fe de la futura concordia pusiera los cimientos? Prometió que vendría. Se acercaba el día de Pascua: una multitud de monjes se había reunido: se te esperaba en el lugar: no sabías qué hacer. De repente mandaste decir que una mujer estaba enferma: que ese día no podías venir. ¿Habla así un actor o un obispo? Supongamos que lo que dices es verdad, por los caprichos de una mujer, para que no le duela la cabeza en tu ausencia, ¿descuidas la causa de la Iglesia? ¿Desprecias la presencia de tantos hombres, cristianos y monjes? No quisimos dar ocasión: pues veíamos la estratagema de tu dilación, vencimos la injuria con paciencia. Arquelao escribe: advierte que esperes el segundo y tercer día, si quisieras venir. Pero él ocupado: pues la mujer no cesaba de vomitar: mientras superaba la náusea, se olvidó por completo de nosotros. Después de dos meses finalmente llegó Isidoro, quien no, como tú finges, dio testimonio a tu favor, sino que escuchó la causa de la satisfacción solicitada. Pues cuando nos objetó, ¿por qué te comunicaron si eras hereje? escuchó de todos, nos comunicamos sin sospechar de herejía. Pero después de que el bendito Papa Epifanio lo convocó, tanto de palabra como por cartas, y él se negó a responder: a todos los monjes les llegaron cartas del mismo Epifanio, para que sin satisfacción de fe, nadie se comunicara con él temerariamente. Las cartas están disponibles, y no se puede dudar sobre este asunto. Esto es lo que respondió la multitud de hermanos, no como tú argumentas, que no eres hereje, porque alguna vez no se te llamó así. Pues con esta razón no debería enfermar quien antes de enfermar estaba sano.

41. La ordenación de Pauliniano.---«Cuando se comenzó a discutir sobre la ordenación de Pauliniano y de los otros que están con él, viendo que eran reprendidos, cuando por caridad y concordia se les concedía todo; pero se pedía solo esto, que aunque fueran ordenados contra las reglas por otros, se sometieran a la Iglesia de Dios; para no dividirla, ni hacerse un principado propio: no accediendo a esto, comenzaron a proponer sobre la fe, y a hacer saber a todos, que si no se acusaba a los que estaban con el presbítero Jerónimo, no culpaban nada en nosotros. Pero si se les acusaba de error y culpa, como no podían disputar sobre tales cuestiones, no encontrando satisfacción de su propio error, recurrían a esto: no porque esperaran poder convencernos, sino que intentaban dañar nuestra reputación.»

41 *. Pauliniano, presbítero en Chipre. Jerónimo ordenado por Paulino.---Que el discurso sea complejo, nadie lo considere un defecto de interpretación. Pues así es también en griego. Mientras tanto, me alegro de que, quien pensaba que estaba decapitado, de repente veo restaurada mi cabeza de presbítero. Dice que no podemos ser convencidos en absoluto, y teme venir a la batalla. Si la causa de la discordia no es por disensión de fe, sino que, como dices, descende de la ordenación de Pauliniano, ¿qué tanta necesidad es dar ocasión a los que quieren, no querer responder? Confiesa la fe; pero responde lo que se te pregunta, para que a todos les quede claro que la disputa no es sobre la fe, sino sobre la ordenación. Pues mientras preguntado sobre la fe, guardes silencio, tu adversario puede decirte: No es por la causa de la ordenación, sino de la fe. Si es por la causa de la ordenación, haces mal en guardar silencio cuando se te pregunta sobre la fe. Si es por la fe, haces mal en pretender la ordenación. Además, lo que dices que pediste, que se sometieran a la Iglesia de Dios, y no la dividieran, ni se hicieran un principado propio, no entiendo bien de quién hablas. Si de mí y del presbítero Vicente, has dormido mucho tiempo, pues después de trece años, ahora despierto hablas de esto. Por eso yo también dejé Antioquía, y él Constantinopla, ciudades muy célebres, no para alabarte predicando entre los pueblos: sino para llorar los pecados de la juventud en los campos y en la soledad, atrayendo la misericordia de Cristo sobre nosotros. Pero si hablas de Pauliniano: ves que está sujeto a su obispo, reside en Chipre, viene a visitarnos de vez en cuando: no como tuyo, sino como ajeno; de aquel, a quien fue ordenado. Que si también quisiera estar aquí, y vivir tranquilo en la soledad de nuestro exilio, ¿qué te debe, sino el honor que debemos a todos los obispos? Haz que sea ordenado por ti: oirás de él lo mismo que el obispo de santa memoria Paulino oyó de mí, pobre hombre. «¿Te rogué que me ordenaras? Si así concedes el presbiterado, para no quitarnos el monacato, tú verás sobre tu juicio. Pero si bajo el nombre de presbítero me quitas lo que dejé el mundo: yo tengo lo que siempre he tenido: no sufriste ninguna pérdida en la ordenación.

42. Catecúmenos en la Iglesia. Prohibido a Jerónimo el acceso a la cueva del Señor.---«Para no dividirla, dice, ni hacerse un principado propio.» ¿Quién divide la Iglesia? ¿Nosotros, cuya casa entera de Belén se comunica en la Iglesia? ¿O tú que o bien crees bien, y callas sobre la fe con soberbia: o mal, y verdaderamente divides la Iglesia? ¿Dividimos nosotros la Iglesia, que hace pocos meses, alrededor de los días de Pentecostés, cuando el sol se oscureció, y todo el mundo temía ya la venida del juez, ofrecimos a tus presbíteros cuarenta de diversas edades y sexos para ser bautizados? Y ciertamente había cinco presbíteros en el monasterio, que podían bautizar por su derecho; pero no quisieron hacer nada contra tu disgusto, para que no se te diera ocasión de callar sobre la fe. ¿O no eres tú quien divide la Iglesia, que ordenaste a tus presbíteros de Belén: que no entregaran el bautismo en Pascua a nuestros catecúmenos, a quienes enviamos a Diospolis (Lida) al confesor y obispo Dionisio para ser bautizados? ¿Se dice que dividimos la Iglesia, que fuera de nuestras celdas no tenemos lugar en la Iglesia? ¿O no eres tú quien divide la Iglesia, que ordenas a tus clérigos, que si alguien llama presbítero a Pauliniano, consagrado por el obispo Epifanio, se le prohíba

entrar en la Iglesia? Desde ese tiempo hasta el presente solo vemos la cueva del Señor; y cuando los herejes entran, suspiramos desde lejos.

43. ¿Somos nosotros quienes dividimos la Iglesia: o aquel que niega la morada a los vivos, la tumba a los muertos, quien pide el exilio de los hermanos? ¿Quién incitó especialmente contra nuestros cuellos a esa bestia poderosísima, que amenaza los cuellos de todo el mundo? ¿Quién permite que los huesos de los Santos, y las cenizas inocentes, sean golpeados por las lluvias hasta ahora? Con estas caricias el buen Pastor nos invita a la paz, y nos acusa de hacernos un principado propio: que estamos unidos en comunión y caridad con todos los obispos, siempre que mantengan la fe recta. ¿Eres tú solo la Iglesia, y quien te ofende es excluido de Cristo? Si defendemos un principado propio, muestra que tenemos un obispo en tu parroquia. Que no te hayamos comunicado, es por la fe: responde, y será por la ordenación.

44. «También fingen la ocasión de otras cartas, que dicen que Epifanio les escribió. Aunque él dará cuenta de todo lo que se ha hecho ante el tribunal de Cristo, donde el mayor y el menor serán juzgados sin acepción de personas. Sin embargo, ¿cómo pueden apoyarse en su carta, que escribió, acusado por nosotros, sobre la ordenación ilícita de Pauliniano y de los que están con él: como también lo indica el mismo inicio de su carta?» Pregunto, ¿cuál es tanta ceguera, envuelta en las tinieblas cimerias, como dicen? Dice que fingimos la ocasión, y que no tenemos cartas de Epifanio contra él, y de inmediato añade: «¿Cómo pueden apoyarse en su carta, que escribió, acusado por nosotros, sobre la ordenación ilícita de Pauliniano y de los que están con él: como también lo indica el mismo inicio de su carta?» No tenemos la carta. ¿Y cuál es esa carta que en su inicio habla de Pauliniano? Hay algo después del inicio, de lo que temes hacer mención. Has sido acusado por la edad, en la que estaba Pauliniano. Ordenas presbítero, y envías un legado y compañero: y tienes tanta confianza, que donde mentiste sobre Pauliniano diciendo que era un niño, allí envías al niño como presbítero. Asimismo, haces presbítero a Theosebo, diácono de la Iglesia de Thiria, y lo armas contra nosotros, y abusas de su elocuencia en nuestra contra. A ti solo te es lícito pisotear las leyes de la Iglesia: lo que hagas es norma de doctrina; y no te avergüenzas de provocar a Epifanio ante el tribunal de Cristo para ser juzgado contigo. Lo que sigue después de este capítulo es esto: Imputa a Epifanio la compañía de su mesa y casa, y escribe que nunca habló con él sobre los dogmas de Orígenes, y lo confirma bajo testimonio de juramento, diciendo: «Ni siquiera mostró sospecha, como Dios es testigo, de tener en nosotros una fe perversa.» No quiero responder y acusar con dureza, para no parecer que quiero convencer al obispo de perjurio. Hay muchas cartas de Epifanio disponibles: una a él mismo, otras a los obispos de Palestina, y recientemente al pontífice de la ciudad de Roma: en las que dice que no mereció respuesta cuando lo acusó de dogmas ante muchos, y todo el monasterio de nuestra pequeñez es testigo.